

la **R**evista

DOMINGO
2 DE ENERO DE 2005

de Navidad 



PÁGINAS 2 Y 3



«All you need
is love»

Un relato de José María Merino ambientado en los túneles del Metro, donde el protagonista se gana la vida

PÁGINAS 12 Y 13



«El vuelo
de la libélula»

Fernando Iwasaki sitúa a su personaje en un avión. Un buen momento para dar un repaso a sus vivencias

PÁGINAS 14 Y 15

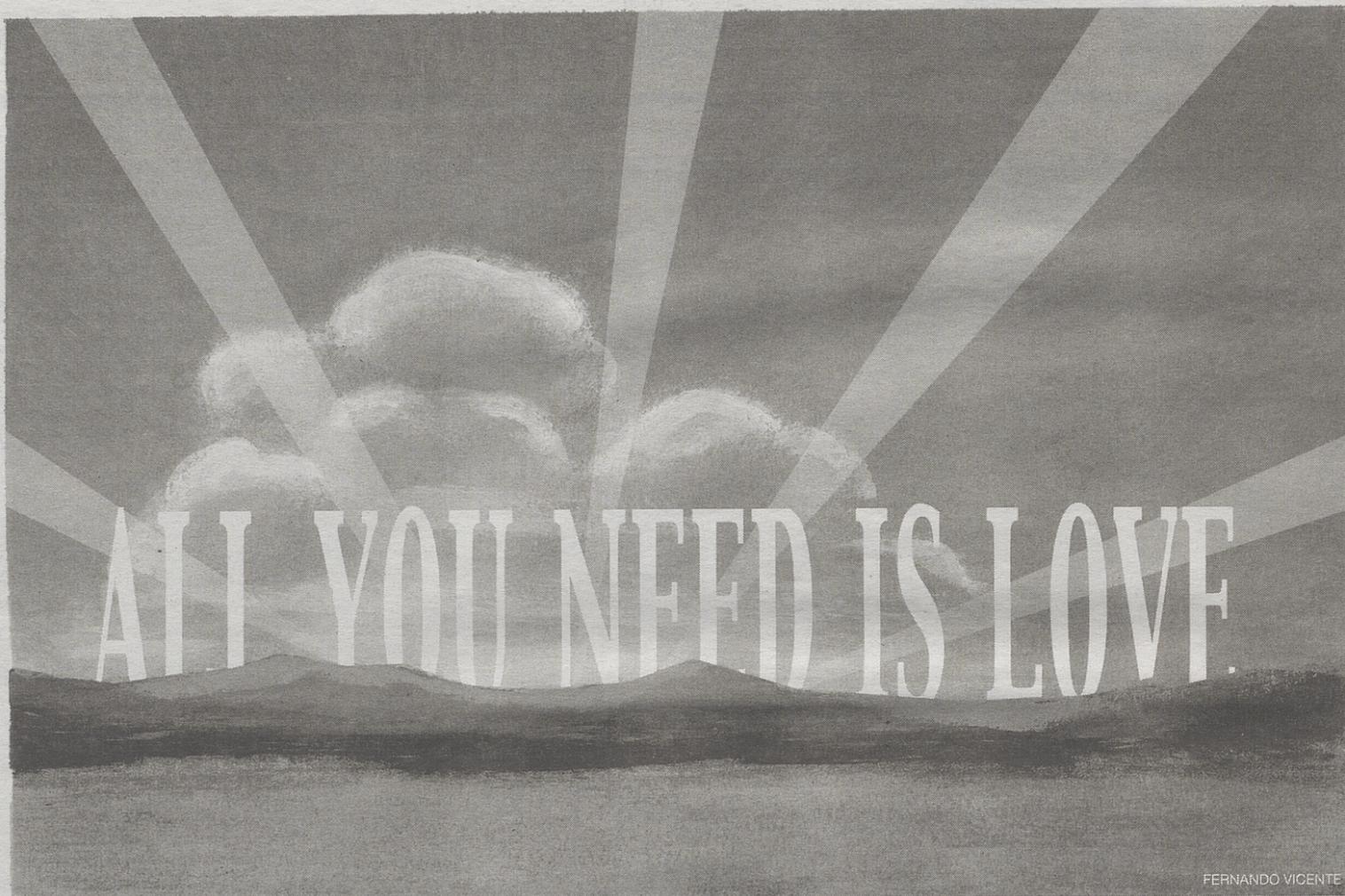


«Tú sí que
eres viejo»

Un cuento del escritor abulense Serafín Sánchez sobre los caleidoscopios de la vida y el tiempo

RELATOS DE NAVIDAD

El protagonista toca el violín en el metro puesto que la beca no le alcanza para vivir. Su lugar favorito es uno de los vestíbulos de Príncipe de Vergara. Allí conoce a una escocesa llamada Fiona que toca una extraña gaita y al guatemalteco Anastasio y su marimba. Un día interpretan la canción de los Beatles y algo ocurre. Todavía se reúnen de vez en cuando para ver ese paraje en el que ninguno entraremos jamás.



por J. M. Merino

Todavía nos reunimos de vez en cuando para tocar juntos. Estoy seguro de que a todos nos cuesta mucho esfuerzo, que sentimos idéntico pavor ante la posibilidad de que el extraño caso se repita, pero que, al mismo tiempo, tememos que no se reproduzca. Esos miedos contradictorios, enfrentados, son los que sin duda nos impulsan a juntarnos de nuevo.

Al principio, cuando volvíamos a reunirnos después de nuestra separación, empezábamos tocando cualquier cosa, disimulando todos el verdadero motivo de nuestra reunión y posponiendo al mismo tiempo el momento decisivo de acometer la pieza musical que en realidad nos convocaba. Ahora hemos dejado atrás el disimulo y ya no tenemos paciencia. Preparamos nuestros instrumentos, nos miramos sin hablar, sin cambiar explicación ni orientación alguna, y nos ponemos a tocarla. Y cuando el asombroso fenómeno vuelve a suceder, me imagino que, como yo, los otros dos se sienten a la vez satisfechos y aterrorizados. Después de terminar la pieza nos separamos, también sin hablar, despavoridos pero seguros de que volveremos a encontrarnos.

Todo empezó hace un par de años, en las navidades. No hacía mucho tiempo que yo había descubierto a un compañero del conservatorio tocando la guitarra en un pasillo de la estación de Cuatro Caminos, con la funda a sus pies como receptáculo ofrecido a las monedas de los transeúntes. Sus confidencias me abrieron los ojos.

En las épocas festivas, o de mucha afluencia de viajeros, venía al metro a practicar sus lecciones, y de paso se ganaba un dinero que no le venía nada mal, pues la beca apenas le alcanzaba para vivir. Era un caso tan parecido al mío que, después del verano, al comenzar el nuevo curso, decidí vencer mi vergüenza y llevarme al metro el violín, el atril y las partituras que debía trabajar. Me venía bien la estación más cercana a la pensión, que además tiene amplios descansillos de paso entre las escaleras, y empecé a practicar allí mis lecciones.

La experiencia recaudadora fue tan satisfactoria que me aficioné a ir todos los fines de semana. A veces, en mis ejercicios, me acompañaba Raquel, con su viola. Al cabo de quince minutos ya no piensas que estás en el metro. Absorto en la ejecución de la partitura, eres del todo ajeno al gentío que las escaleras van derramando y al repiqueteo de las monedas compasivas. Pero Raquel no tiene problemas económicos y la mayor parte de las veces era yo solo quien permanecía en aquel lugar, tocando infatigable mi violín. Cambié de estación un par de veces hasta descubrir el lugar idóneo, uno de los vestíbulos intermedios de Príncipe de Vergara, y me aficioné tanto al lugar, que lo echaba de menos cuando no podía ir allí, pues no había otro sitio en que con mayor libertad, sin cuidado de molestar a nadie, pudiese entregarme a mis prácticas.

Las cosas marchaban muy bien, el público era bastante generoso, pero en la fiesta de la Constitución supe que no era el único músico que estaba tocando en la estación. En las pausas

entre una y otra pieza - entonces solo interpretaba música clásica, lo que me correspondía estudiar para el conservatorio - pude oír sonidos que me parecieron instrumentales, y al escuchar con atención identifiqué las inequívocas melodías de un par de instrumentos. Luego descubriría que en otros descansillos diferentes estaban tocando una chica menuda, pelirroja, y un muchacho alto, moreno.

La chica es escocesa, se llama Fiona y toca una especie de gaita de fuelle pequeño, de cuero sin teñir. El chico es guatemalteco, se llama Anastasio, y toca la marimba. Seguimos coincidiendo a lo largo de varios días, cada uno en una parte diferente de la estación, y yo comprobé que mis rentas iban menguando. Sin duda los viajeros recibían en sus oídos la noticia sonora de la múltiple oferta musical que les esperaba, y perplejos, desorientados por una ley tan psicológica como económica, se retraían en el momento de depositar su aportación en la funda de mi violín, y acaso hacían lo mismo con mis competidores.

No tardé mucho en llegar a estas deducciones, y como no me gusta dejar enconarse los problemas, me acerqué a los otros dos músicos para contarles mi experiencia de cómo se había reducido mi recaudación desde su llegada, pues tanta música dispersa en la misma estación parecía despistar a los posibles corazones bondadosos. Les propuse que se fuese cada uno a otra estación, para ser allí el único músico, o que nos uniésemos los tres para repartirnos el producto de nuestros afanes. Esto fue lo preferido por mis compañeros, que aseguraron que no perdíamos nada con hacer la prueba. Y nos convertimos en un trío.

Claro que al principio nos costó armonizar y conjuntar instrumentos tan dispares, y que yo tuve que abandonar mis ejercicios académicos, pero en la aventura había también la necesidad de afrontar retos y dificultades técnicas que no perjudicaban a lo que pudiera ser mi carrera hacia el soñado virtuosismo, sino al contrario, me obligaban a inventar y conocer nuevas posi-

“ Después de terminar la pieza nos separamos, también sin hablar, despavoridos pero seguros de que volveremos a encontrarnos. ”

bilidades de mi instrumento. Al fin conseguimos ordenar un pequeño repertorio, y la verdad es que aquella conjunción de gaita, marimba y violín debía ofrecer una melodía misteriosa y sugerente, pues en cuanto a los óbolos de los viajeros nos fue bastante mejor, y mi parte llegó a ser incluso mayor de lo que recaudaba cuando era el único músico de la estación.

No nos resultó difícil descubrir que los viajeros eran más sensibles a unas melodías que a otras. En general, a la gente de cierta edad, que son los que disponen de alguna moneda sobrante, parecen conmoverles más los temas de ritmo suave e intención romántica que los temas rápidos. *Las hojas muertas*, *El humo ciega tus ojos*, *Ansiedad*, *El mar*, el tema de *Casablanca*, el tema de Lara, el de *Memorias de África*, *Only you*, eran siempre bien recibidos, y ese fue nuestro repertorio durante varias semanas, hasta que nos cansamos de tanto repetirlo, y decidimos incorporar nuevas melodías. Para empezar, *All you need is love*.

Habíamos conseguido tanta práctica en nuestra colaboración que apenas necesitamos ensayarla, de modo que empleamos poco tiempo en acordar las diferentes intervenciones. Y por fin nos pusimos a tocar *All you need is love*. Era un momento de mucha afluencia de pasajeros y el pasillo estaba lleno de gente que caminaba deprisa en las diferentes direcciones. Al principio no comprendimos bien lo que ocurría, porque no podíamos conocer la relación que había entre aquella música que nosotros estábamos tocando y la conducta de la muchedumbre. El caso es que todo el mundo se quedó quieto.

ocurrió relacionar el fenómeno con la interpretación de *All you need is love*, pero la tarde siguiente, cuando en el desarrollo de nuestro repertorio volvimos a ejecutar la pieza, el absurdo y asombroso suceso se repitió, los viajeros que pasaban delante de nosotros detuvieron en el acto su movimiento para quedar inmóviles como estatuas, y las paredes y el techo del subterráneo desaparecieron otra vez para ser sustituidos por el paisaje de las colinas, lleno de vegetación. Dejamos también de tocar, y todo recuperó la forma de la realidad habitual.

Tras varias repeticiones del caso, fue Fiona la primera en sospechar que el fenómeno alucinante estaba relacionado con nuestra interpretación de *All you need is love*. Y pudimos comprobar que era cierto, pues cuando el absurdo fenómeno se repitió, no dejamos ya de tocar, y nuestra intrepidez nos permitió atisbar el lugar, más allá de las filas de gentes que parecían petrificadas delante de nosotros.

Había muchos árboles enormes, pero también personas entre ellos. No muy lejos, un hombre apenas vestido, sentado al pie de uno de aquellos grandes árboles, como se representa al Buda en muchas ocasiones, estaba rodeado por un grupo de personas. Entre los árboles se abrían claros en que jugaban muchachos y muchachas, y otros en que había gente con lo que parecían instrumentos musicales, o leyendo libros, y un poco más lejos una laguna, que debía formar el fondo del valle, con hombres, mujeres y niños paseando a sus orillas o navegando con pequeñas barcas de remo. La vegetación formaba la parte más visible del paraje,

“ Era un momento de mucha afluencia de pasajeros y el pasillo estaba lleno de gente que caminaba deprisa. ”

Fue una inmovilidad instantánea, que acaso hubiéramos tardado unos segundos más en percibir si, al mismo tiempo, no nos hubiéramos quedado deslumbrados por un fenómeno del todo ajeno a la normalidad de las cosas: pues aquel vestíbulo, al menos dos pisos de escaleras bajo tierra, cada tramo pueden ser dos o tres pisos de un edificio corriente, quedó de repente desnudo de sus techos y paredes, y el gran espacio rectangular en que nosotros y los viajeros inmóviles nos encontrábamos apareció al aire libre, al ras del suelo, pero no rodeado por las calles y edificios de Madrid sino por un espacio de vegetación frondosa, que cubría también las laderas de unas colinas cercanas. La visión fue tan asombrosa que dejamos de tocar, y en el mismo instante todo lo que nos rodeaba recuperó su apariencia anterior y habitual, la sólida estructura que conforma el espacio subterráneo de los pasadizos, la luz de neón con su blancor sin sombras, y las gentes continuaron moviéndose con esa prisa ensimismada que el metro parece propiciar.

La visión y todo lo demás nos dejó muy asustados, incapaces de hablar, pero al fin la intuición de los tres nos hizo comprender que la única manera de recuperar la tranquilidad era seguir tocando. *Ansiedad*, balbuceó Anastasio, y al aplicarnos nuevamente a nuestros instrumentos fuimos volviendo poco a poco al sentido de lo cotidiano. Apenas hicimos comentarios sobre la incomprensible experiencia que acabábamos de vivir, y a ninguno de los tres se nos

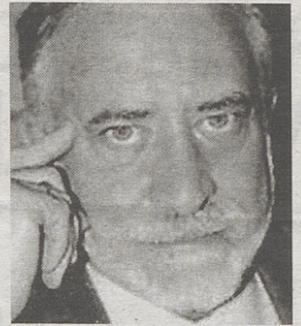
pero se divisaban edificios dispersos entre ella, y en las colinas que abrazaban el lugar, edificios y floresta se alternaban con equilibrio. Aquel paisaje infundía paz, júbilo, era una imagen de serenidad y armonía, pero cuando concluimos de tocar *All you need is love* volvió a desvanecerse otra vez, y en aquel pasillo de la estación de metro los viajeros recuperaron su rápido andar.

Sin duda aquella melodía producía la inmovilidad de la gente y nuestra irrupción en el maravilloso paraje, y era precisamente la conjunción de aquellos tres instrumentos nuestros al tocarla lo que completaba el efecto de misterioso conjuro, pues por comprobar el alcance del milagro, en una ocasión sustituí el violín por la flauta travesera, que también soy capaz de tocar, pero *All you need is love* no produjo los extraordinarios efectos del violín unido a la gaita y a la marimba.

Ya nos atrevíamos a hablar entre nosotros del increíble caso, y nos regalábamos con la visión de aquel lugar tres o cuatro veces cada jornada, causando en la estación atascos de muchedumbres que nadie podía explicar. Pero la vista de aquel lugar tan placentero, tan lleno de sugerencias de felicidad, también nos producía un sentimiento de frustración, porque comprendíamos que nosotros no podíamos llegar a él: nuestros tres instrumentos, interpretando al unísono *All you need is love*, eran la llave que abría el acceso a un espacio que se ofrecía como una meta de belleza y placidez, acaso de dicha, pero nosotros estábamos condenados a verlo desde el umbral.

Muy pronto supimos que ninguna otra per-

JOSÉ MARÍA MERINO



José María Merino (1941) residió durante muchos años en León y vive en Madrid.

BIOGRAFÍA

Comenzó escribiendo poesía y se dio a conocer como narrador en 1976 con *Novela de Andrés Choz*, libro con el que obtuvo el Premio Novelas y Cuentos. Lo escurridizo de la identidad, sus conexiones con el mito, el sueño y la literatura, y muchos elementos de la tradición fantástica caracterizan su obra narrativa. Su novela *La orilla oscura* (Alfaguara, 1985) fue galardonada con el Premio de la Crítica. Además, ha recibido el Premio Nacional de Literatura Juvenil (1993), el Premio Miguel Delibes de Narrativa (1996) y el Premio NH para libros de relatos editados (2003).

En Alfaguara ha publicado, entre otros, su trilogía de aventuras americanas, *Las crónicas mestizas*, un volumen que recoge sus relatos, *50 cuentos y una fábula* (1997), y su última obra, *El heredero* (2003), novela que unifica lenguajes y perspectivas diferentes en la que Merino vuelve a dar prueba de su capacidad para crear personajes que hacen de la exploración de su yo profundo la mayor aventura.

sona podría penetrar allí. La conciencia de aquel hallazgo nuestro tan misterioso, que parecía propio de los milagros o de los hechos sobrenaturales, nos incitó a compartirla con otros. Fiona y Anastasio se lo contaron a varios compañeros y compatriotas, y yo se lo confesé a Raquel y a uno de mis profesores que muestra hacia los alumnos actitud de cercanía, un hombre todavía joven, advirtiéndoles de que sabía bien que podía ser tomado por un loco. Sin embargo, nunca hubo ni habrá testigos de nuestro fantástico descubrimiento, pues los amigos invitados a presenciarlo quedaban tan inmóviles y ausentes como el resto de los transeúntes mientras en nuestros instrumentos *All you need is love* hacía aparecer aquel espacio de paz jubilosa, y después no recordaban nada de lo sucedido.

Creo que fue esa reiterada impotencia, el comprender que nunca podríamos entrar en aquel atisbado paraíso, y que nadie más que nosotros tres lo percibiría, la causa de nuestra separación. Acabamos por dispersarnos. Buscamos otras justificaciones, que cada vez las limosnas eran menores, que la colaboración nos sujetaba a unos horarios demasiado rígidos. Un día nos despedimos y cada uno se instaló en una estación diferente con su instrumento. Pero todavía seguimos reuniéndonos de vez en cuando para tocar *All you need is love* y poder echar una mirada más a ese paraje donde todo parece estar en orden y en el que ninguno de los que vivimos en este mundo entrará jamás.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

All you need is love: Canción compuesta por John Lennon en 1967. Fue el himno contracultural de los 60. La articulación perfecta de la confianza en el amor para transformar el mundo, que el cambio es posible.

Marimba: Especie de tambor que se usa en algunas partes de África. También, instrumento musical en que se percuten listones de madera, como el xilófono. Así mismo puede ser otro instrumento musical en el se percuten con un macillo blando tiras de vidrio, como en el tímpano.

Óbolo: Pequeña cantidad con la que se contribuye para un fin.

Érase una vez...
en Navidad

«El conocimiento lleva a la unidad,
como la ignorancia a la diversidad».
Ramakrishna

RELATOS DE NAVIDAD

Para la inquilina de un inmueble la existencia de un león en la vivienda es tolerable, pero dos no. Es imposible, ni hablar, ni con la mejor intención del mundo. Al primero se acostumbró, no parecía peligroso, casi ni parecía una fiera salvaje. No molestaba mucho a nadie, era un animal silencioso que no rugía ni pegaba zarpazos, aunque eso sí, no paraba de bostezar. La situación cambió por completo cuando apareció el segundo.

La tristeza del león



FERNANDO VICENTE

por Eloy Tizón

Yo siempre pensé que era un león. Desde que tengo memoria, lo había visto moverse de vez en cuando sigilosamente entre las hojas de los plátanos del patio, agazapado y discreto, en una actitud elástica de huida. Reconozco que lo había visto sin verlo, de esa forma distraída, sin prestarle atención, como una no presta atención a sus manos desenfocadas durante la lectura rutinaria del periódico. Si mal no recuerdo, estuvo aquí durante largos años, y me acostumbré a su presencia. Es cuanto puedo afirmar. De lejos no parecía peligroso, casi ni parecía una fiera salvaje. Nunca se me ocurrió pensar que pudiera ser otra cosa que un león africano de la sabana, un león antiguo, quizá enfermo, fuera de lugar, desorientado y aturdido por las luces de la ciudad. Casi daba pena verlo, con aquel pelucón polvoriento y aquella piel vieja de saco, toda desteñida y salpicada de manchas, hecha como de remiendos de tienda de campaña o de retales sobrantes de las alfombras usadas de un taller de tapicería, tan sucio que entraban ganas de pasarle la aspiradora. Ya no recuerdo por qué se me metió

en la cabeza la manía de que aquello tenía que ser un león, no podía ser otra cosa, ni me lo planteaba, ahora me parece ridículo pensar así, pero en aquellos tiempos lejanos yo todavía era joven y coqueta, fumaba mucho, tenía una gran biblioteca de autores libertinos, y había desarrollado una afición desmedida a coleccionar veleros embotellados.

El león rondaba la casa, con preferencia de noche. No molestaba mucho a nadie, esa es la verdad. Ningún vecino se quejó nunca, nadie habló nunca ni mal ni bien del león y ni siquiera fue necesario debatir sobre el tema en la junta de la comunidad. Si se piensa, eso también era extraño. Se hablaba de otros problemas más urgentes, eso sí, incluidos en el orden del día, de reparaciones de cañerías y presupuestos, de permisos de obras, de la renovación de la antena parabólica, de la conveniencia o no de realizar una colecta para regalar entre todos un clavicordio a Genoveva Nisal, que era una niña prodigio que tenía los ojos diminutos y guiñados, como ombligos, pero del león, que yo recuerde, nada, ni una palabra. Hubo un momento en que llegué a dudar y a plantearme si existía o si era fruto de mi imaginación. El caso es que se trataba de un león silencioso, como de película de cine mudo, y tan anodino que no rugía, que no

pegaba zarpazos, que no metía miedo, que ni tan siquiera olía mal (a su paso por los ascensores sólo dejaba el rastro delator de un ligero aroma a hollín), aunque, eso sí, no paraba de bostezar. Grandes bostezos, de hambre o de aburrimiento, cualquiera sabe, que le llenaban los ojos de lágrimas casi humanas. Entonces se arrastraba abatido, y paseaba su soledad todavía orgullosa y su perfil leonino y su dignidad herida de rey de la selva venido a menos por el cuarto de las escobas, por el sótano de las calderas, daba un rodeo por las cuerdas de tender la ropa, merodeaba alrededor de los cubos de la basura, olisqueándolos -quién sabe- con nostalgia, hasta terminar vegetando hecho un bulto al fondo del descansillo, olvidado su instinto depredador, sin nada que hacer en todo el día, más que lamerse primero una zarpa y después la otra, justo debajo de los contadores de la compañía eléctrica.

Así pasaron los años. En este mismo piso nací y crecí viendo pasar desde la ventana la sombra lenta de los trenes, el desorden de los días, y de aquí no me he movido; he asistido como testigo cercano a la transformación del edificio, a su mutación de organismo vivo, he visto a la especulación adueñarse del inmueble a dentelladas, desalojar familias, tirar tabiques y convertir los vastos salones de antaño en diminutas cuadrículas de apartamentos funcionales que ahora sirven como asesorías fiscales y despachos de psiquiatras. Desde niña me acostumbré a que hubiera un león suelto, y me pareció normal, y no presumí de ello, ni me creí mejor que las otras por eso, y no le di importancia. Nadie a mi alrededor se la daba. Sin embargo, algunas tardes bochornosas de verano, tum-

“ En este mismo piso nací y crecí viendo pasar desde la ventana la sombra lenta de los trenes, el desorden de los días...” ”

bada boca arriba en la cama, incapaz de dormir la siesta, durante algunos minutos de congoja me sobrevinía un estado de estupor tal que me dejaba obnubilada con la mente en blanco y un dolor aondo en la nuca, la cabeza parecía que se me iba a partir en dos por la mitad y me daba vueltas y yo dejaba volar la imaginación y me obligaba a soñar despierta desde muy arriba, desde muy lejos, y veía como por un agujero con un poco de vértigo y aprensión las vidas de las demás personas de ahí abajo, millones de seres humanos iguales que yo, desperdigados por toda la corteza terrestre, moviéndose al unísono, y cómo se llevaban la comida a la boca, y cómo la masticaban todos a la vez, y cómo se enjabonaban las manos, y cómo se cepillaban los dientes de forma sincronizada, y cómo se movían con urgencia de aquí para allá sobre sus piernas veloces y se ganaban el sustento con sus oficios, en todos los idiomas, lo veía todo con precisión cinematográfica igual que si estuviesen dentro de la bola de un pisapapeles, donde nieva si lo agitas, y por último veía cómo al final del día regresaban a sus hogares rendidos de cansancio después de una dura jornada laboral, y encendían las luces de sus casas y no había leones, y lo encontraba tristísimo.

Claro que no era una tristeza profunda, no podía serlo, de eso estaba segura, puesto que yo era feliz y querida y crecía sana en una familia risueña, rodeada por el bullicio de mis hermanas y primas, a través de una armonía arreglada a base de compota de manzana y tardes de parchís y lluvia y días de guardar cama, con unas décimas de fiebre y la enciclopedia ilustrada a

colmillos. Es verdad que, en contadas ocasiones, al regresar de la compra con las bolsas del supermercado e intentar abrir una puerta, la hoja chocaba contra un obstáculo, del otro lado algo oponía una blanda resistencia de almohada, y era él que se asustaba mucho al verte, salía huyendo, y apenas dejaba entrever su colapso pagueante segundo la brocha de su cola. Eran molestias de poca importancia, eso había que reconocerlo, insuficientes para montar un escándalo periodístico o avisar a los bomberos.

No, un león solo en una casa requiere pocos cuidados, casi ninguno, eso lo sabe cualquiera, en eso estamos de acuerdo. Saben valerse bien por sí mismos. El problema se presentó más tarde de forma inesperada. Al principio no di crédito a mis sentidos. Tuve que restregarme los ojos dos veces para asegurarme de que lo que veía era cierto. Pero no, no me engañaba. No había posibilidad de error. Lo que yo tomé por un león se convirtió en dos leones. Ahora había dos leones desplazándose con el mismo sigilo milenar por el espacio en penumbra de la casa, duplicados, los dos igual de tranquilos, igual de silenciosos, pacíficos, sonámbulos, repetidos y como húmedos. Un león atrajo al otro. A partir de ahí, como es lógico, la situación cambió por completo. Nuestras vidas dieron un vuelco imprevisto, y empeoraron. Lo que era llevadero con un león solo, con dos se hacía insoportable. Además, el proceso podía ir en aumento. En estas circunstancias, nadie nos aseguraba que pasado mañana los dos leones simétricos se multiplicasen y fuesen cuatro, que en un mes hiciesen su aparición nueve o doscientos, dando

“ Nuestras vidas dieron un vuelco imprevisto, y empeoraron. Lo que era llevadero con un león solo, con dos se hacía insoportable. ”

mano. No, lo triste de verdad venía de más atrás, de otro tiempo, de un pasado ignominioso que yo había heredado sólo porque alguien me lo había entregado por accidente igual que se entrega un paquete certificado ajeno que no abrimos, cuyo contenido confidencial ignoramos, y yo debía cargar con aquel pecado que no era mío a todas horas, pegado a la piel de los pechos durante muchos años, quizá durante muchas vidas, aquello que yo intuía que un día de repente me fulminaría hasta matarme de pena, y eso también era el león.

El león siempre estuvo allí. No hubo días sin león. Si llovía, la lluvia le resbalaba en el lomo con un ritmo musical hasta dejarlo suavizado bajo un aspecto de estatua, de algo petrificado, como de piedra pómez. Hasta mucho después no llegué a preguntarme de qué modo había aparecido, si tal vez se había escapado huyendo de entre los barrotes de la jaula de un circo ambulante siendo un cachorro o había surgido un amanecer de repente, espléndido y volcánico, agitando su melena lujuriosa, vomitado de la arena del desierto, y desde entonces se había quedado. Pero no había respuestas, no había origen, la única evidencia que quedaba de su paso por nuestro inmueble eran largos mechones de su pelo enganchados en el peine del pasamanos de la escalera y la pata de un velador del vestíbulo arañada, contra la cual al parecer se afilaba los

lugar a una invasión, y nuestro bloque, el edificio entero, el barrio, se convirtiese en algo así como un zoo, en una leonera atiborrada, en una versión de sainete del Arca de Noé, en la que el único que faltaba era Tarzán de los Monos. Eso es algo que no se lo recomiendo a nadie. También podía ocurrir que las especies variaran, ¿por qué no?, y de pronto una mañana apareciese un rinoceronte restregándose las patas traseras en el felpudo del portal, una boa constrictor colgada del perchero de los abrigos o -Dios no lo quiera- una hembra de avestruz mordisqueando los folletos publicitarios que asoman de los buzones. Todo eso hubiese dibujado un panorama de pesadilla, con un problema de alimentación e higiene desmesurado. El tema, para qué engañarnos, nos venía grande. La magnitud del problema nos desbordaba. Nosotros no éramos ricos, ni baronesas. Aquí nadie tenía una granja en África. Todos nosotros hubiésemos tenido que renunciar sin más remedio a gran parte de nuestro bienestar material, a lo que ninguno estamos dispuestos, ceder casi todo nuestro salario de pequeños oficinistas y comerciantes y secretarías a cambio de nada, sacrificar una vida entera de ahorro para satisfacer sus necesidades y crear una reserva, e ir de mal en peor. Adiós a los pequeños placeres, a la crujiente felicidad dominical de estrenar zapatos nuevos o acudir a la peluquería para cambiar de mechas, adiós a

ELOY TIZÓN



El poeta y novelista Eloy Tizón nació en Madrid en 1964.

BIOGRAFÍA

Eloy Tizón es autor del libro de cuentos *Velocidad de los jardines* (Anagrama, 1992), elegido por los críticos de *El País* como uno de los 100 libros españoles más interesantes de los últimos 25 años. Su novela *Seda salvaje* (Anagrama, 1995) le valió ser finalista del Premio Herralde. Su siguiente título, *Labia* (Anagrama, 2001), fue destacado en distintos suplementos literarios como uno de los mejores libros del año. Sus cuentos han sido recogidos en numerosas antologías, entre las que destacan: *Páginas amarillas* (Lengua de Trapo, 1997), *Cien años de cuentos* (Alfaguara, 1998), *Los cuentos que cuentan* (Anagrama, 1998), *Pequeñas resistencias* (Páginas de Espuma, 2002) y *Relato español actual* (FCE, 2003). Su última novela, *La voz cantante*, ha sido publicada por Anagrama en este año.

Tizón fue seleccionado en 2003 por los críticos de *El Cultural*, con el epígrafe de “clásicos futuros”, como uno de los 10 mejores narradores españoles menores de 40 años.

los pretendientes, al cine de los sábados, adiós al clavicordio nuevo de Genoveva Nisal, que era una niña prodigio que tenía los ojos diminutos y guiñados, como ombligos, y en mi caso particular, con gran dolor de mi corazón, adiós a mi colección de veleros embotellados. Adiós para siempre a todo, adiós.

Bajo mi punto de vista, se mire por donde se mire el problema que se nos presenta es irresoluble, porque incluso suponiendo que nada de eso sucediese y nos quedásemos igual, como hasta ahora, empatados con nuestros dos leones rojos vagando por los pasillos, idénticos a sí mismos como el espejismo reflejado en un oasis de dos siluetas heráldicas, así hasta el final de los tiempos, eso tampoco nos serviría de consuelo, pues a un solo león ya hace tiempo que nos hemos resignado, es un buen león y, más que un animal de compañía, es un hábito solitario, una máquina de bostezos, pero dos son demasiados leones, dos ya nos sobrepasan, se sale de lo corriente bajo cualquier punto de vista. En los corrillos improvisados de la escalera ya comienza a hablarse entre cuchicheos de preparar un safari nocturno y acabar con el problema de raíz, se barajan marcas de carabinas y municiones, el aire huele a sangre, y en el fondo de mi alma yo no lo desapruero. Mejor o peor, he organizado mi vida de soltera emancipada guiada por el principio de tener un león (o lo que yo llamo un león) como máximo, y a ese principio me atengo. Dos no, dos ni hablar, dos ni con la mejor intención del mundo.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Sigilo: Silencio cauteloso.

Sabana: Llanura, en especial si es dilatada, sin vegetación arbórea.

Clavicordio: Instrumento musical de cuerdas y teclado, cuyo mecanismo se reduce a una palanca, una de cuyas extremidades, que forma la tecla descende por la presión del dedo, mientras la otra, bruscamente elevada, hiere la cuerda por debajo con un trozo de latón que lleva en la punta.

Velador: Mesita de un solo pie, redonda por lo común.

Érase una vez...
en Navidad

«Si me engañas una vez, tuya es la culpa. Si me engañas dos, la culpa es mía». Anaxágoras

RELATOS DE NAVIDAD

La existencia del protagonista es triste por varios motivos. Clara, su esposa, siempre había deseado dejar de vivir en el centro de la ciudad y trasladarse a una urbanización de la periferia; ahora lo ha conseguido puesto que casi en la cincuentena ha tenido un bebé, Félix, al que dedica toda su existencia; cada día dibuja menos. Así, nuestro narrador se ve obligado a leer en el autobús cuatro horas diarias. Pero eso no es todo.



Otras prótesis

FERNANDO VICENTE

por Hipólito G. Navarro

Leo en el autobús. No me queda otro remedio. Pero no sólo por tener ahora esta criatura que llora de sol a sol desde que nació, no, es que me toca desde entonces pagar en largos viajes la idea feliz de cambiar una relajada existencia en el centro por la modernidad de esta urbanización, por no hablar de otros asuntos más peliagudos ya de entrada.

Así es que yo ahora, lo que son las cosas, leo en el autobús. Todos los días, de lunes a viernes. Podría tal vez leer en el metro, o en los taxis, pero no, leo en el autobús, exclusivamente y por obligación.

Lo del impermeable amarillo sí es por gusto, nada ni nadie me obligan a llevar semejante facha.

Leo pues, vestido de amarillo, en el autobús y en ningún otro sitio. En los autobuses. Varias líneas son las que me trabajo: CR 6, 18, 7, 51, 32, en unas combinaciones que de haber empleado en la lotería otro gallo quizá me estuviese cantando ahora. El recorrido de todas y cada una de las líneas es premeditadamente barroco, el de la 51 casi rocó. No hay más que comprobarlo sobre un mapa para ver enseguida que lo mismo avanzan que retroceden, picoteando aquí y allá las esquinas del montón de barrios que conforman esta periferia. Y cómo contrasta este diseño de las líneas

de superficie con la terca esquematización de las que escarban por debajo, con una eficacia de ratones equipados con tiralíneas. Qué odiosa rectitud, me digo siempre ante las feroces bocas del metro.

La urbanización. La urbanización es una urbanización más, ninguna jauja. El trazado de las calles hasta podrían haberlo dispuesto los mismos que dibujaron las líneas del metro; si no los mismos, sí al menos algún cerebro con idéntica obsesión. Las calles y las casas son todas iguales, de tal manera iguales que aquí se le pone la cosa cuesta arriba -y parecerá un ejemplo- al alcoholismo y otros entretenimientos parecidos, pues qué borracho o soñador iba a encontrar aquí una puerta distinta a las demás. Vetadas las salidas de la poesía o del alcohol, valga pues un sustituto más civilizado, o casi, esta ocupación de leer durante horas, vestido de amarillo, en las idas y a las vueltas, siempre en autobús.

La urbanización le había gustado a Clara desde siempre, pero acabó por convertirse en una verdadera obsesión cuando el embarazo, cuando no supimos negarnos a la evidencia de qué cosa tremenda sería que nos saliese el hijo con ese antojo, igual los lunares verdes de los pinos que las manchas rojizas de las fachadas de los adosados. El temor, supongo, de un embarazo a destiempo, rebasados con creces los cuarenta, casi llegando al medio siglo. Meses y meses hipotecados más que con la casa con complicadas analíticas y eco-

grafías, un fantasmal remolino de anteojos (fresas en noviembre, Clara), pero nunca, o por lo menos muy improbables entonces, esos ojos tan depuradamente azules como el agua de las piscinas, que todavía hoy no sabemos o no quiero saber yo al menos de dónde han salido, no de los abuelos ni de los bisabuelos desde luego. Trucos de la genética, cromosomas antiguos que ahora asoman, explican los especialistas. Pudiera ser.

Clara se ocupa todo el tiempo de nuestro Félix y cada día dibuja menos, por más que desde la galería le pinchen de continuo con pedidos, como si le aterrara volver al centro. Y yo he pasado de una felicidad casi quieta de lector compulsivo en el tiempo que me dejaba libre una jornada laboral de siete horas justo al lado de casa a este desquiciamiento de los transportes públicos, que me ha inflado la jornada con otras casi cuatro horas de traqueteos cuando no de insoportables esperas. A todo se acostumbra uno. Hay que saber sacarle punta a la adversidad. Ni tenemos la boyante economía de los que pueden permitirse el lujo de los taxis, ni los taxis llegan siquiera tan lejos tan temprano, algo así como si a esas horas no estuviesen ni puestas todavía las calles. Hice la prueba los primeros días, todavía luciendo Clara un bombo escandaloso, como de gemelos, y me asustó de verdad el desangramiento de billetes, el cálculo a groso modo del presupuesto que necesitaría para un mes, no digamos para un año; ni quiero pensar en las cifras, antes me empantanaría otra vez con la calculadora en el entretenimiento de saber cuántos cigarrillos llevo fumados hasta hoy: a 84 milímetros de largo cada uno, una cajetilla diaria treinta años, puestos en fila, qué países atraviesa la nicotina de este vicio, y otras operaciones de ese tenor; pero esos son argumentos que no vienen al caso en esta historia, los residuos del pasado cercano de mis alegrías nocturnas con los libros y la imaginación, felices irresponsabilida-

“ En total, la ida y la vuelta, si los transbordos no se tuercen, vienen a zamparse cuatro horas, página más, página menos. ”

des vistas desde aquí y ahora.

Leo en el autobús, digo. Porque además desde siempre fui un negado para eso de conducir y ahora Clara no puede llevarme cada mañana y recogerme luego. Se lo he pedido algunos días, sobre todo cuando llueve (las tormentas me dan miedo, odio llegar al trabajo como una sopa, pierdo todos los paraguas, los míos y los ajenos), pero siempre está ahí Félix, su mirada azul, dulce como pocas en el mundo, más aún para Clara, y es tan complicado... Aprovecha entonces Clara esos momentos -no se lo reprocho-, y procura convencerme para que tome el metro, guerra perdida de antemano, porque es el metro un medio de transporte que siempre he visto bien para los otros, en absoluto para mí. Aborrezco el metro, aborrezco su profundo y anónimo desparpajo, la calidad de espejo de sus ventanillas, y desde que nació Félix aborrezco secretamente sobre todo su eficacia, su velocidad. No. Prefiero, y cómo, el autobús.

Leo en el autobús, en los autobuses, pues. Debo coger primero el 32, una tartana de esas que llaman lanzadera y pretende sus salidas cada tres cuartos, para acercarme a las paradas del 7 o el 18, dos autobuses que se internan por los vericuetos del centro y dan su último resoplido neumático en la famosa plaza de Lemures, que es final del larguísimo trayecto, todavía a diez minutos andando de mi trabajo, al lado de aquella casa nuestra prepapás. Para el regreso, bien entrada la tarde, la cosa se complica, pues si bien el 18 o el 7 me dejan casi casi donde los cogí por la mañana, la lanzadera del 32 ha terminado su servicio (sólo de horas punta) y tengo que escoger entre el 51 o el CR 6, que llegan por un mismo recorrido hasta el barrio del Aldeire, para un poco más lejos bifurcarse sus caminos, ninguno de los cuales me conviene. En Aldeire tomo entonces el microbús M 14, que me deja ya a las puertas de la urbanización, bueno, siempre un poco a la derecha, enfrentado justo a la rampa para minusválidos. En total, la ida y la vuelta, si los transbordos no se tuercen, vienen a zamparse cuatro horas, página más, página menos, pues ya no relleno esas horas de minutos y segundos sino de redondas, bastardillas y negritas, los dígitos o manecillas de la letra impresa.

Leo, por no decir vivo, en el autobús.

Ayer, sin embargo, a la vuelta del trabajo, el libro de relatos de C. con el que llevaba unos días me la jugó buena. Se me pasaron tres paradas. Luego tuve que volver andando y llegué a las tantas, cabreado y echando pestes de los cuentos de C., por ser tan condenadamente buenos. Por eso mismo decidí dejar su libro en los estantes para otra ocasión mejor, y dedicarme desde ahora a mirar por la ventanilla del autobús las tantísimas vidas que pasan por las calles, que son muchas.

Además tengo por otro lado el problemita de los paraguas, la estupidez de esos murciélagos tan negros. Quiero decir tenía, porque de entre tantos conflictos desde el embarazo de Clara es éste de los paraguas el único que tengo medio resuelto.

Yo ya he perdido demasiados paraguas para la edad que tengo. Muchísimos. De algunos me consta que me los robaron, pero esos no cuentan. Cuentan los otros, los que he perdido en el autobús, en el teatro, en los bares, en los taxis... Los pierdo siempre, los míos y los ajenos. Y para la edad que tengo ya está bien de perder paraguas. Quizá por eso ahora ya no gaste paraguas y vaya con este impermeable amarillo chillón a todas partes, aunque no pueda decirse que sea éste un impermeable que le vaya bien a la edad que tengo, o al menos eso dice Clara, pareces un canario, un plátano, esas asociaciones facilonas. Pero eso sí, este impermeable amarillo chillón es en el

fondo el impermeable amarillo chillón que siempre quise tener, desde niño. Me gusta sobre todo la especie de boina amarillo chillón que lo acompaña, sus trazas de gurumelo, su cosa cateta, su desfachatez. Y me gustan también su tacto oloroso de caucho, la terquedad de las arrugas rectísimas que se le forman, su largura de batón, sus profundos bolsillos cuadrados. Hasta la etiqueta me gusta, para decirlo de una vez. No se me escapa sin embargo que provoco más de una sonrisa así vestido, pero qué puede importarme esa certidumbre si a la vez me estoy asegurando de no perder jamás otro paraguas. Eso todo lo compensa, hasta la edad que tengo incluso.

No es el impermeable un disfraz, aunque pueda parecerlo. Más bien todo lo contrario: es en el interior de esta prenda resbaladiza y amarilla donde mejor de últimas me reconozco, donde más a placer me encuentro (¡y lo bien que caben los libros en sus bolsillos!). Tiene únicamente ventajas: sin dejar de ser yo mismo, podría, de quererlo, ser muy otro. Eso al menos insinúan más de una vez los antiguos compañeros de Clara, la nómina al completo de la galería, con Leonardo al frente, coleta, tres pendientes en cada oreja, tan moderno en su silla de ruedas automática.

-No le apetece dibujar, Félix se lleva todo el tiempo -les explico-; tampoco salir de casa, le gusta tanto esa casa.

Yo sólo traslado sus mensajes, sus disculpas.

En fin, conjeturas aparte, la verdad es que desde hace meses vengo siendo muy otro tanto con impermeable como sin él, aunque queda más o menos claro que prefiero con mucho este empaquetamiento. Ahora bien, me digo a veces: tantísimo amarillo debe ser la manifestación exterior de otra cosa, pero no se me alcanza aún muy bien qué clase de cosa.

Guardo en mis grandísimos bolsillos el penúltimo talón que aportan los dibujos de Clara. Leonardo me despide con una sonrisa amarilla, quizá suya, tal vez reflejo de mi indumentaria.

Me pongo siempre la gorra amarilla, llueva o no llueva. Y los días que llueve me cruzo a veces, tan temprano, con algún que otro conductor de autobús a su faena, y me alegra ver su impermeable azul idéntico al mío, también con su gorrilla, cuando nos regalamos una sonrisa de complicidad casi cofrade, gremial, en unos encuentros que deben también tener algo de raro augurio, guiños que no sé descifrar. Demasiadas carambolas ahora que ya ni leo ni me divierto ni cojo el metro. Veces hay que me quedo absorto contemplando los buzones de correos en las esquinas, como si fuesen un yo mío quieto, ausente, parálitico. Qué distinto aquel tiempo de Clara premamá, con aquel bombo escandaloso, como de gemelos. (Si en algún momento fueron dos, si en alguna fase del desarrollo pretendieron las divisiones celulares ofrecer dos individuos, ya Félix mucho antes de ser Félix se encargó de borrar ese dibujo. Félix con sus ojos azules intensos.)

Pero son muchas las tantísimas vidas que pasan por las calles, sin un libro que amortigüe el traqueteo de estas líneas tan barrocas de la superficie. La vuelta siempre se complica -en el bolsillo no C. con sus cuentos, sino el talón de los penúltimos dibujos de Clara firmado por Leonardo-, pues si bien el 18 o el 7 me dejan, como de costumbre, casi casi donde los cogí por la mañana, ya la lanzadera del 32 terminó con su faena (sólo de horas punta) y por los pelos subo al 51 y luego en Aldeire al microbús M 14, antes de abrazar a Félix, todavía empaquetado yo a conciencia de amarillo. Sé que puedo lastimarlo con este olor a caucho, asustarlo con la desfachatez de gurumelo de la boina (payaso, dice Clara muy bajito), pero de qué manera asombrosa juegan aquí su papel

HIPÓLITO G. NAVARRO



Hipólito G. Navarro (Huelva, 1961). Biólogo *interruptus*, reside en Sevilla desde 1979.

BIOGRAFÍA

Es autor de los libros de relatos *El cielo está López* (Editorial Don Quijote, 1990), *Manías y melomanías mismamente* (Editorial Don Quijote, 1992), *Relatos mínimos* (Ediciones del 1900, 1996), *El aburrimiento*, *Lester* (Anaya & Mario Muchnik, 1996) y *Los tigres albinos* (Editorial Pre-Textos, 2000). También ha publicado la novela *Las medusas de Niza* (Editorial Algaida, 2000). Hipólito G. Navarro ha obtenido algunos premios, entre ellos el Alberto Lista de Narraciones Breves de 1997 por *Con los cordones desatados, a ninguna parte*, y el Premio de Novela Ateneo-Ciudad de Valladolid del año 2000 por *Las medusas de Niza*. Dirige desde 1994 la revista *Sin embargo*, publicación dedicada al cuento literario.

Recientemente prologó una nueva edición de *Extramuros*, la novela de Jesús Fernández Santos (Seix Barral, 2003) y ha editado, prologado y anotado los relatos completos de Fernando Quiñones: *Tusitala. Cuentos completos* (Páginas de Espuma, 2003).

ciertas leyes del color y de la óptica, cómo la mirada de Félix, de tan azul, refleja el amarillo de mi prenda y me da a mí, que quiero ser su padre, la mezcla de unos ojos tan verdes como los míos, tan verdes como los míos, tan verdes como los míos.

De madrugada, a veces, me levanto, porque tendido junto a Clara, viendo su rostro en la penumbra, no puedo pensar en nada, apenas en los autobuses igual de quietos y callados en sus cocheras.

También me levanto hoy.

La urbanización es silenciosa, aunque menos que mi insomnio.

A ellos no los molesto. Desnudo, prendo un cigarrillo, contemplo desde la terraza las puertas de la urbanización, un poco más a la izquierda -vista desde aquí- la rampa para minusválidos, y sin querer comienzo a echar otra vez las cuentas: 84 milímetros cada uno, una cajetilla diaria treinta años, puestos en fila, qué locura o irresponsabilidad atraviesa la nicotina de este vicio; operaciones de ese tenor hasta la última calada, cuando regreso adentro y la brasa del cigarro ilumina muy brevemente la habitación y puedo ver juntos, hermanados en la misma percha, la boina, el impermeable y las pequeñas prótesis de Félix, descansando de nosotros por unas cuantas horas.

Enciendo entonces hoy la luz, tomo el libro de cuentos de C. de los estantes, y vuelvo sin darme cuenta a leer, ya no en el autobús.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Prótesis: Procedimiento mediante el cual se repara artificialmente la falta de un órgano o parte de él. También, aparato o dispositivo destinado a esa reparación.

Tiralíneas: Instrumento de metal a modo de pinzas, cuya separación se gradúa con un tornillo, y sirve para trazar líneas de tinta más o menos gruesas, según su separación.

Lanzadera: Medio de transporte rápido, de ida y vuelta y periodicidad frecuente, entre dos ciudades.

Gurumelo: Seta comestible de color pardo que nace en los jarales.

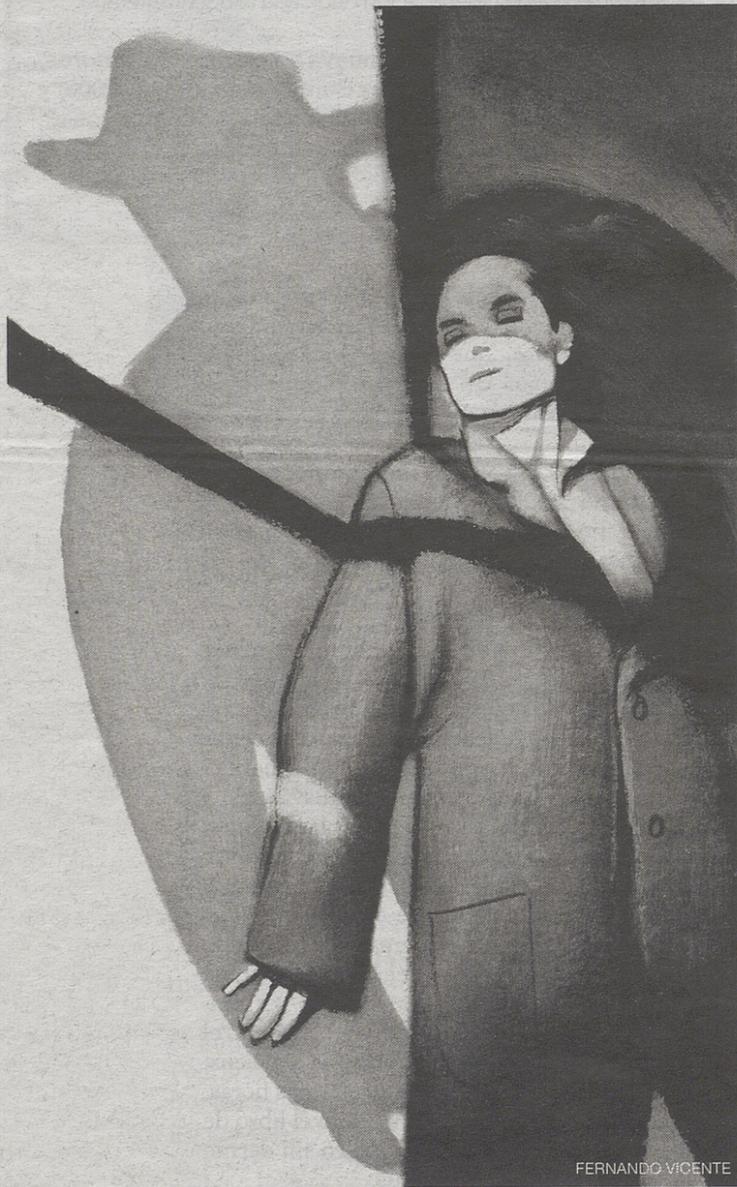
Érase una vez...
en Navidad

«No hay más realidad que la imagen ni más vida que la conciencia». Azorín

RELATOS DE NAVIDAD

Ésta es la historia de un escritor narrada por una amiga suya. Cuando lo conocemos tiene alrededor de cuarenta años, una esposa y una simpatía sobrehumana, pero no éxito. A principios de los noventa lo alcanzó y Serafín Cordero se convirtió en un personaje. Pasados unos años el autor y nuestra relatora se reencuentran en una pensión en Burgos. Él ha cambiado mucho. Lo hilarante se mezcla con lo trágico muy estrechamente.

Serafín Cordero, fugitivo



FERNANDO VICENTE

por Blanca Riestra

En esta existencia misteriosa que todos compartimos, lo hilarante se mezcla con lo trágico de manera tan ceñida que, a menudo, es no ya difícil sino imposible separarlos. Son hermanos gemelos, uno paticorto, el otro zancudo; uno arrubiado, el otro cetrino; uno larguirucho, el otro regordete.

Pongámoslo así: en nosotros combaten fuerzas contrarias y absurdas en un vaivén sensual, a veces agónico. Me viene a la cabeza la historia de un personaje amigo, Serafín Cordero, a quien conocí en Barcelona en el noventa y cuatro. Era este señor un ejemplar de concurso. Buen mozo, aunque entrado en años, tomaba un vermú todos las mañanas en el café de la Opera frente al Liceo. No recuerdo si bregó en sus inicios como todos nosotros. Creo,

según me dijo después -en alguna de aquellas veladas alcohólicas que nos llevaban a ambos por los bares de la Barceloneta vaciando botellines-, que tuvo problemas para conseguir convertirse en escritor. "Problemas de infraestructura", decía. A veces nos ocurre eso. No conseguimos salirnos del parterre y tener una voz. Sufrimos de cierta incapacidad para separarnos de las cosas y tener una visión, siquiera tibia y superficial, del mundo. Pero, de repente, la voz aparece, una voz que no es la nuestra, por supuesto, una voz impostada, ficticia, mentirosa. Pero en eso consiste la literatura, qué demonios.

Cuando yo lo conocí era Cordero un cuentista carcajeante, ingeniosísimo y un individuo entrañable, henchido de una simpatía sobrehumana. Encogía las cejas de búho y su calva sonreía. Los camareros, los perros y los niños idolatraban al señor "don Serafín".

Fue Lepanto, un camarero extremeño de ademán resuelto y verbo sentencioso, quien me lo presentó. Pasaba Cordero los días acodado a la barra del café donde Lepanto ejercía sus funciones. Simpatizamos enseguida. El todavía vio en mí a la chiquilla desvergonzada que pronto dejaría de ser, público agradecido donde los haya, tendente al entusiasmo desmedido y a la risa fácil.

Tenía por entonces Cordero una edad que a mí se me antojaba avanzadísima, es decir cuarenta años o alguno menos. Aunque con los calvos nunca se sabe.

Venía a veces acompañado de su legítima, una señora entrada en carnes muy hermosa. Se llamaba Consuelito y tenía un porte soñoliento de soprano lleno de majestuosidad. Ambos bebían sus vermús dejadamente. Él, ejerciendo su gracejo ante los parroquianos; ella, pestañeando de lujuria.

Una de las gracias inconmensurables de Cordero residía en su torpeza para adjudicar a cada palabra su sufijo correspondiente. No había en esta tara nada de artificial o de voluntariamente humorístico. Cordero era un creador lingüístico nato. Su pensando era subliminante y a veces emocionador o retorciendo o ridiculante. En un principio resultaba difícil seguir sus diatribas sin perder el hilo, pero pronto comprendía uno que la intuición lingüística de Cordero era justa porque calca tal cual el discurrir de su pensamiento en ebullición. A veces, cuando Cordero se sentía triste, sus intuiciones verbales dejaban paso a una sintaxis lapidaria que, por su normalidad, conseguía sumirme en el más completo desconsuelo. Qué tristeza tan profunda daba a entender toda aquella corrección cadavérica. La última vez que lo vi, ya su lengua había muerto.

Pero no adelantemos acontecimientos. Cordero comenzó a tener éxito en el albor de los noventa, cuando a algún desgraciado en el mundo editorial le dio por reeditar uno de sus libros. Y, de repente, Cordero se convirtió en un personaje. Compartía plató con Rociño, con el padre Apeles, con la Campos. El lector de a pie quedaba cautivado de inmediato por su ironía espléndida, en aquella celebración perpetua de la vida que tanto place al ser leyente. El mundo de Cordero parecía confeccionado a la manera de un sainete. Sus apariciones televisivas eran saludadas por propios y extraños a causa de aquella sabiduría única, aquella dicha rara en este mundo en que predominan los cenizos. Cada nueva entrega de las aventuras de Pedro Porto, articulista catalán, entre las huestes del hampa, entre peristas, putas viejas y vendedores de calzado de señoras, provocaba un revuelo, largas colas ante librerías, grandes almacenes, quioscos de prensa.

Retuve siempre su imagen de entonces, acodado en el café de la Ópera, fácilmente reidor con la Consuelito gorda y enamorada, o escapándose conmigo a beber los jueves y con un novio que tenía yo por entonces, un polaco emigrado que

reparaba bicis en Poble Sec. Recuerdo cómo hablabamos de todo y de nada, cómo Cordero nos encandilaba con sus anécdotas callejeras y coloristas, con aquella lengua estrofalitaria y aquellas risas tan floridas. Después las cosas cambiaron, yo me hice seria y tuve los problemas que conlleva el crecimiento. Cambié de ciudad, quise meterme monja, me tentó como a todo quisqui la literatura, di clases en la universidad, estuve en Francia, mi tercer novio me dejó. Y sólo cuando regresé a España, hace un año, en una breve visita a la ciudad olímpica por razones venales, volví a ver su rostro hierático y rubicundo, repetido mil veces en los escaparates de las librerías del ensanche. Parecía triste. Pero Barcelona estaba cálida y cuajada de motos y de niños, esos mensajeros de la felicidad más inmediata y en el Capitán Cook me esperaba mi amiga Care. Y me olvidé de Serafín como uno olvida tras unos minutos de lectura al héroe de una novela de otro tiempo.

Y eso fue todo. Otra vez de vuelta a casa. En Madrid recuperé mi piso anaranjado y luminoso. Un árbol callejero, anidado de ruidosos gorriones, golpeaba las ventanas de la sala. Pasaron unos meses de trabajo y hamburguesas. Me compré una vespa, siempre he sido claustrofóbica, y, con la primavera, me embistió una época de dicha persistente, ligada probablemente a la frescura del aire de la ciudad que se despierta. Por entonces, época de vino y rosas, nada pudo sorprenderme más que darme de bruces con don Serafín en Burgos.

Fue en una pensión del barrio de Gamonal, donde me albergué una noche por razones, sino venales, amistosas. Serafín, el escritor famoso, el dechado de simpatía, se había convertido en un buen hombre cabizbajo. Andaba aferrado a un ordenador antiguo, de esos que parecen cajones de legumbres, de ciudad en ciudad, sin pernoctar más de dos noches bajo el mismo techo, prefiriendo siempre los autobuses comarcales o los trenes al lujo amenazante del avión.

Cuando lo vi, estaba acodado al mostrador de la entrada, con un palillo retorcido entre los labios. En pleno recibidor de la pensión Begoña, la patrona y tres señoras del vecindario jugaban al mus en delantal. Serafín extendía, adormilado, una mirada turbia sobre la improvisada timba. Las cuatro mujeres, tan entradas en carnes como en años, esgrimían puritos malolientes y lanzaban de vez en cuando blasfemias imposibles.

-Serafín -pronuncié, dejando caer estrepitosamente mi maleta. Se volvió. Tardó algún tiempo en reconocermelo pero, cuando lo hizo, supe que estaba conmovido. Nos abrazamos.

-Estás más flaca.

-Tú estás más calvo.

Me pareció que, con los años, su cuerpo y su cabeza se habían reducido. Como cuando uno visita los lugares de su infancia y los encuentra, no magníficos y enormes como en el recuerdo, sino insignificantes y de techos bajos. El bosque se convierte en jardincillo, el árbol centenario en arbusto. El muchacho fornido y lúbrico se convierte en patán de dientes negros.

-¿Qué pintas tú en Burgos? -Le pregunté. Serafín, turbado, miró en ambas direcciones como si temiese a los espías.

-Vengo a la presentación del libro de un amigo. Óscar Endibias -dije yo, asaltada por una especie de euforia. Asintió comprensivo.

-Pero -sonreí-, ¿qué hace un prócer de las letras, como tú, en una pensión de familia en un barrio del extrarradio de Burgos? ¿Eres natural de la región?

-Sí, sí, claro. Quiero decir, no -balbuceó molesto-. Luego te lo explico todo. Deja tu maleta y nos vemos en el bar de abajo, en el bar de las gallegas.

-De acuerdo.

Deshice como pude el equipaje. Por eso de los viejos tiempos, me pareció adecuado desenfundar

unos zapatitos de tacón y ponerme un vestido. Que alguien me diga si existe en el mundo mayor ocasión festiva que el reencuentro con un viejo escritor loco en cierto bar gallego de un barrio popular de Burgos.

Vestida, pues, con mis mejores galas, descendí a trompicones las escaleras del edificio. En la calle había una gasolinera. Cerca rugía una carretera comarcal. Uno se hubiese creído en el fin del mundo, en un fin del mundo lleno de palillos y tristeza donde no cupiesen ni los niños, ni las motos, donde la poesía no fuese posible. Pero "La Parada" se alzó de pronto frente a mí desmintiendo cualquier juicio derrotista: era un bar clásico, EL BAR, teñido de lirismo, con una cortinilla de bolitas y la televisión perennemente encendida. Un individuo, gallego sin lugar a dudas, se afanaba por dar brillo al mostrador entre el barullo de los parroquianos. El ama de casa ludópata de turno introducía sus últimas monedas en un tragaperras cantarín. Dos ecuatorianos, enzarzados en conversaciones metafísicas con una puta burgalesa pintada como una mona, bostezaban.

Serafín se había sentado en una mesa lejos de la entrada, de espaldas a la puerta. El gallego me miró y me dijo:

-La esperan.

Mi amigo apenas hizo ademán de volverse cuando me senté a su lado tras pedir un par de botellines.

-¿Cómo estás, Cordero?

Su mirada era extraña, vidriosa, huidiza. Parecía que le costase fijarla sobre los objetos. Efectuaba un barrido de la realidad cual cámara digital y temblorosa en manos de principiantes o

escuchaba.

-Sabes, me dijo, - Todos estos años... Consuelito me ponía los cuernos con un guardia civil. -hizo una pausa- No es que me importe, las mujeres siempre se han pirrado por los uniformes, está en su naturaleza. -Sonrió mostrando las débiles encías, como si yo fuese su igual, su compañero de juergas putañeras y tardes de fútbol- No se trata de eso. No quiero que me malinterpretes. Bien sabes que nunca he dado demasiada importancia a los envites. Lo que me ocurre es algo mucho peor, tiene que ver con mi ojo interno. -Pareció titubear. Yo sonreí de manera inoportuna. Cordero movió la cabeza tristemente.

-No, no es materia de risa, tú me conociste de otra manera, ya lo sé, pero el ser humano esconde multitud de mareas interiores, de zonas luminosas, de charcos negros. Yo fui para ti don Serafín, el personaje de sainete, aquel escritorcillo venido a más, reventando de júbilo, puro juego, que caracoleaba sobre el mármol de las barras. Y sin embargo, de un tiempo a esta parte, me viene ocurriendo algo espantoso. Quizás no lo comprendas. Es como si tuviese que pagar por aquella dicha. Como si el mal farío que no tuve durante todos aquellos años, se me cayese encima de golpe, todo junto -Tartamudeó. Encendí un pitillo.

-La primera vez me ocurrió en mi casa de la vía Laietana. Fue en el noventa y seis. Era mayo. Tras un día animado, mi agente me llamó para decirme que las ventas de mi última novela estaban subiendo como la espuma. Yo estaba contento, contentísimo. La noche era dulce y olorosa. Consuelito cocinaba una cena opípara. Me puse a escribir como siempre, frente al transistor, con la ventana

BLANCA RIESTRA

Nació en 1970 en A Coruña. Confiesa ser "de la generación del mundial 82 (como Calamaro), de Mazinger Zeta y de Orzogüey".

BIOGRAFÍA

Blanca Riestra Rodríguez Losada se licencia, y obtiene el doctorado, en Filología Hispánica en la Universidad de Santiago de Compostela. Durante esa época escribe su primera novela *Anatol y dos más* (Anagrama) que se publica en 1996. En 1997 forma parte de la antología *Páginas Amarillas*, por lo que destaca como un futuro valor de las letras, demostrado, entre otras cosas, por su inclusión en la prestigiosa antología *Ni Ariadnas ni Penélopes* en 2002. Vive durante seis años en Francia, donde escribe su segunda novela, *La Canción de las cerezas*, con la que consigue el Premio Ateneo Joven de Sevilla 2001.

En el año 2000 traslada su residencia a Madrid donde se centra en su labor como escritora y como crítica literaria para el *Blanco y Negro Cultural*, articulista de opinión y actualidad cultural para *La Voz de Galicia* y de *Viajes para El País* y *El Mundo*. En 2003 se traslada a Roma, donde enseña literatura en la Università della Sapienza.

mis personajes se regocijasen lejos de la influencia de todo lo funesto del mundo. Así escribí "Pedro Porto en la mili" y "La venganza de Pedro Porto". Pero, pasado este plazo, debía levantar el campamento y cambiar de ciudad, huyendo de la sombra oscura.

-¿Y ahora?

-Cada vez los plazos se acortan más y más. Ahora duran tres, cuatro días con suerte, si el tiempo es bueno.

-Y ¿qué vas hacer? ¿No has pensado en pedir ayuda?

-¿Crees que alguien puede ayudarme a escapar de algo que soy yo mismo?

-Existen medicamentos, terapias...

-Qué tontería.

-Quizás debas hacerle frente, esperar a que venga, dar la cara.

-¿Y después?

-Si la sombra te ve de frente, quizás desaparezca.

Cordero se volvió hacia al patrón, que rumiaba en una esquina.

-¿Cuánto es, buen hombre?-preguntó.

-Cuatrocientos veinticinco. Tres euros con cincuenta, si mal no me equivoco.

Serafín vació el contenido de sus bolsillos sobre la barra y separó las monedas con un dedo lentamente, dejando que su clara nuca pastase en mi mirada. Luego se volvió. Por un momento creí que la antigua gracia había regresado para nimbarlo como a un santo. Pero aquello no fue más que un espejismo.

Me miró con deportividad sin sonreír.

Regresamos caminando bajo el cielo de abril. Nos despedimos ante las escaleras del primer piso.

Al día siguiente me levanté tarde, con la boca pastosa y un malestar indefinible. La patrona me dijo que Serafín Cordero había dejado la habitación muy de mañana.

Había preferido la huida incesante a la batalla.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Venal: Vendible o expuesto a la venta. También, que se deja sobornar con dádivas.

Lúbrico: Propenso a un vicio, y particularmente a la lujuria.

Prócer: Persona de la primera distinción o constituida en alta dignidad.

Peyote: Droga que se obtiene de la planta del mismo nombre.

“Creo que consiguió verme a través de los vahos de su terror en aquella lúgubre tarde de Gamonal en Burgos.”

daneses.

Decidí romper el hielo y le hablé de aquellos años, más de diez, transcurridos desde nuestro primer encuentro. Yo también había entrado en literatura, tibiamente, con dificultades. Mi ominoso pensante seguía funcionando mal. Pero el cuerpo se me iba calmando, eso no lo dije, quiero decir que no dije que ya el vivir no se me sitúa directamente en el centro de mi campo de visión, eliminando toda posibilidad de lucidez. Con la edad adulta los sentidos se disciplinan, el miedo a la muerte se atenúa, el amor a la cerveza ocupa su lugar justo en el anaquel de vicios inofensivos, ya no es como fumar peyote, ya los hombres dejan de ser dioses para situarse en un rango más modesto, junto a la hierba, junto al sudor, junto a las tapas de tortilla.

Le hablé, si mal no recuerdo, de la desidia de los anocheceres franceses donde consumí mis años más adustos, donde dejé jirones de ferocidad colgados de las ramas de los árboles. Sólo así se vence al animal de la juventud, encerrándolo en un trastero sin ventanas, abofeteándolo mil veces hasta que se tranquiliza. Y me voilà sana y salva, impávida, serena con una nueva pasión por las vespas y el aire matinal, embobecida, dispuesta al trabajo.

Me miró de pronto. Creo que consiguió verme a través de los vahos de su terror en aquella lúgubre tarde de Gamonal en Burgos. El gallego de la barra, suspicaz, nos trajo unas aceitunas. Pareció demorarse voluntariamente, pasando la bayeta por la mesa de formica. Serafín esperó unos minutos en silencio hasta cerciorarse de que nadie nos

abierta, los techos rojizos de las casas reflejaban el sol bajo. Pronto se hizo oscuro. Recuerdo que la radio cantaba música de Serrat, grandes éxitos de los setenta: *Mediterráneo* o *Penélope*. Hubiese tenido que ser feliz. Siempre he sido feliz. Nunca me ha costado trabajo ser feliz. Aquella noche fumaba un puro habano, lo recuerdo. Todo iba bien. Las campanas de la Basílica del Pí tañeron durante segundos eternos. Y de repente lo vi. Se detuvo. Parecía dudar. La puta discutía animadamente con el gallego. Una chavalita pidió en la barra una cajetilla de tabaco.

-¿Qué ocurrió?

-Lo vi nítidamente, si es posible ver nítidamente la sombra de algo incorpóreo, informe. Era una sombra, sí eso era. Una sombra gigantesca, como un estado de ánimo, como una nube de vapor oscuro. Una sombra que me acechaba por la espalda.

-¿Pero qué era?

-No era nada. Era una sombra nefasta. Como si toda la desgracia del mundo se me viniese encima. A mí, al escritor humorístico mejor dotado de nuestra época. Era la sombra de la desdicha. Imposible escapar.

-¿Y qué hiciste?

-Aquella misma noche hice la maleta y dejé Barcelona. A medida que el tren avanzaba, la sombra quedaba cada vez más lejos, atada a la mesa de mi estudio. En un principio creí que conseguiría despistarla. Los respiros duraban bastante tiempo, cinco meses, tres meses, dos, uno, periodos en que conseguía volver a escribir con alegría dejando que

Érase una vez...
en Navidad

«Todo está perdido cuando los malos sirven de ejemplo y los buenos de mofa». Demócrates

RELATOS DE NAVIDAD

Efectivamente, no es posible que haya hombres como Rony, el marido de la hermana mayor. Es fisioterapeuta y una buena persona, fuerte, que no sale de casa por la noche, y hace deporte. Su esposa siempre ha protegido a su hermana pequeña, y se ha prometido a sí misma encontrarse un buen marido, alguien parecido al suyo. La pequeña ya lo ha logrado. Rony no hay más que uno.

Sin embargo, no es posible que haya hombres así

por Ángela Vallvey

La hermana mayor siempre ha protegido y cuidado a la hermana pequeña. La mayor siempre ha sido, y es todavía, guapa, seria, fiel, elegante, educada, honrada, inteligente. La pequeña siempre ha sido, y es todavía, desordenada, sucia, promiscua, inestable, atractiva, astuta.

La hermana mayor está felizmente casada. La hermana pequeña acaba de ser abandonada por el undécimo capullo que se ha hartado de ella.

La mayor se promete a sí misma encontrarle a la pequeña un marido "bien" para que siente la cabeza. Le presenta a amigos, colegas de su marido, hermanos de amigos o conocidas, compañeros de trabajo, incluso al dueño de un negocio de coches donde se acaba de comprar un todoterreno verde oscuro. Se los va presentando uno tras otro, la anima a que salga con todos ellos. Quiere para su hermana un compañero "cariñoso, atento, con sentido del humor, un buen trabajo con el que se gane holgadamente la vida, sensible, atractivo, amante del hogar y de los niños, que ayude en casa. Etc." Alguien parecido a su propio marido, que es un encanto se mire por donde se mire.

Se llama Rony (el marido de la hermana mayor), y observándolo con atención nadie diría que en el mundo hay cosas que no funcionan. Rony es un hombre fuerte y bueno, pasa todas las noches en casa. Una mezcla extraña de marido y oxígeno para la corteza cerebral de la hermana mayor. La hermana mayor le acaricia el pelo rubio, no puede evitar emocionarse.

-Tengo que encontrar un buen tipo para ella. Le hace falta un hombre como tú, que la ayude a sentirse libre. Amada -le dice a Rony.

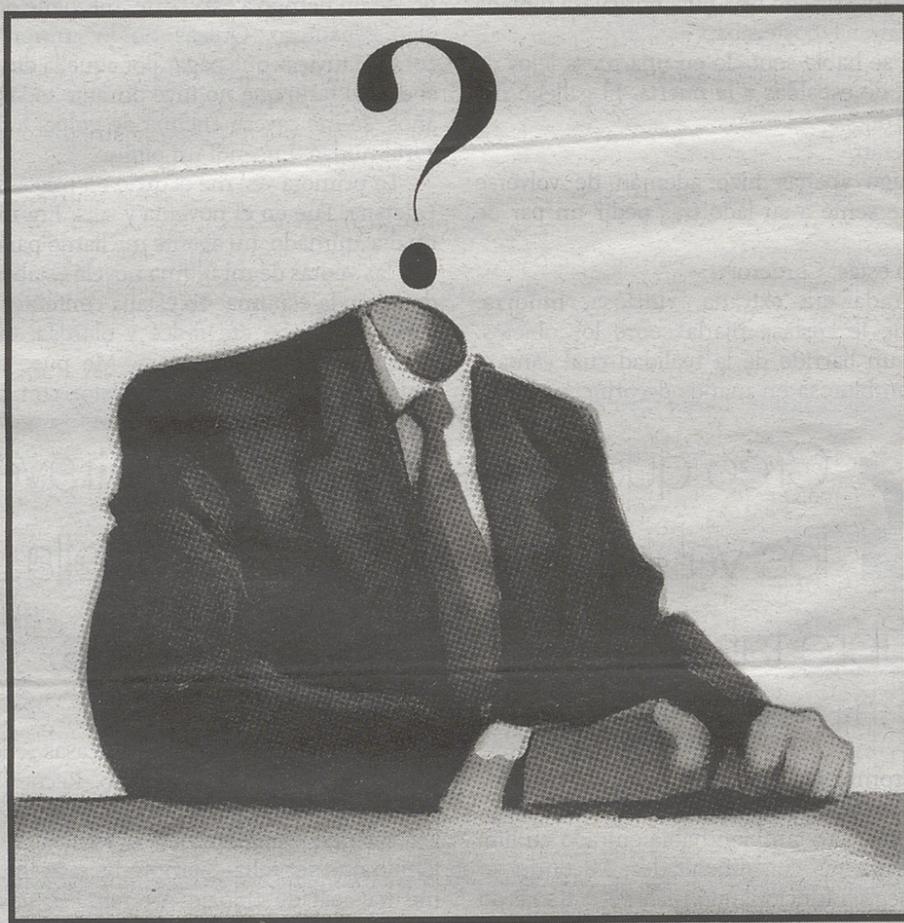
Él cambia de posición en el sofá. Se lo toma todo literalmente. La mira con ojos penetrantes.

-Quizás haya alguno por ahí. Sí -responde. Creo que debe haberlo.

-No es posible que te quiera tanto -le dice ella.

-¿Te parece que no?

WANTED



FOR HUSBAND

FERNANDO VICENTE

Rony es fisioterapeuta. A veces, la hermana mayor le pide que le dé un masaje. Constantemente se inventa todo tipo de molestias musculares, excusas para sentir las manos de su marido encima. Le gustaría que sus manos acariciasen también los cilios de sus pulmones, de su garganta, de su intestino. Si por ella fuera, pondría sus manos en las tarjetas de felicitación de Navidad. Haría potajes con los estrógenos de su marido. En el jardín de su casa de la sierra tienen árboles. Dos abedules y un cedro. Un alerce y tres álamos. Todo parece verdadero cuando empieza a amanecer y una luz fresca y dorada tiñe el aire.

La hermana mayor tiene su propia empresa informática. Se las arregla bastante bien. Llevan casados tres años, y ella piensa que tal vez deberían tener hijos. Aunque quizás los niños lo estropearían todo: el tiempo libre de los fines de semana para ir a esquiar, el estado de ánimo, el

parqué. Pero la juventud se alejará de ellos a grandes zancadas antes de que puedan caer en la cuenta, así que tienen que darse prisa, no viven en un plató de cine. Una parejita estaría bien. Primero una niña, después el varón. Cuando esté preparada, la hermana mayor le comunicará la fecha a su marido.

-Tengo que ir a la oficina, dame un beso. No, dame mil -le pide ella a Rony.

Él se ha levantado temprano. Ha estado corriendo casi una hora por los alrededores de la urbanización. Ha llegado a casa jadeando. El ambiente era frío en la calle. Cada respiración requería el mismo esfuerzo que alinear las caóticas partículas de aire congelado y expulsarlas en filas ordenadas por la boca. Al llegar a casa se ha dado una ducha templada, se ha vestido con ropa limpia. La ropa interior olía a primavera, a suave concentrado. Si miraba por la ventana, el mundo parecía haberse agolpado en una esquina.

-Hasta luego, cielo -le dice él, y le da un beso a la hermana mayor. Hoy es su día libre. Después de hacer ejercicio se dedicará a haraganear un poco, verá la tele y leerá el periódico con tranquilidad. Tal vez se ocupe de las malas hierbas de la parcela. Desayunará por lo menos tres veces. Nos vemos esta noche. Sé buena. No trabajes demasiado. Hoy en día, sólo trabajan los vagos.

La hermana mayor sale de casa dando unos

“ Constantemente se inventa todo tipo de molestias musculares, excusas para sentir las manos de su marido encima. ”

alegres brincos. Pocas veces frunce el ceño. Tiene un coche nuevo, lleva zapatos de tacón bajo y no le preocupan las últimas estadísticas sobre el cáncer. Al arrancar el motor, se oye por la radio la voz poderosa de Montserrat Caballé. La Luna está beige en medio del cielo de la mañana, en cuarto menguante. La casa de al lado, deshabitada desde hace al menos cinco años, tiene un aspecto rojizo, inquietante y silencioso, como un almacén de carne a punto de cerrar.

Rony está en el salón. En la pantalla de la tele hay una señora que no para de parlotear con rapidez, quizás porque tiene miedo de morir antes de haberlo dicho todo. Rony ha abierto una bolsa de noix de cajou salées, de importación, las rumia y ensaliva soñadoramente, como si se tratara de un cucurucho de oscuros deseos. Aunque es un poco pronto, se ha servido una cerveza fresca.

Suena el timbre de la verja de entrada. Tres golpes nerviosos, consecutivos, con la urgencia de las campanadas de fin de año. Cuando se asoma a la ventana puede ver a la hermana pequeña, encantadora, bañada por el sol frío del mediodía, y con una blusa de encaje negro que asoma por debajo del abrigo de lana. El tipo de chica adecuada para un hombre ciego, piensa Rony.

-Buenas tardes -dice la hermana pequeña, y entra antes de obtener una respuesta-. ¡Buafff!... Tenáis que vivir tan lejos, claro.

Rony sonrío.

-Hola, chica.

La hermana pequeña tiene unos ojos que viajan a toda velocidad. Parece como si hubiera sangre en las huellas de sus pisadas.

copa de fino cristal azul. Se sienta sobre una parte del abrigo y coge una revista de encima de la mesa. "Las operaciones más demandadas son los implantes anatómicos de mama, la liposucción asistida por ultrasonidos y las intervenciones faciales", lee.

-Esta noche he dormido mal -le dice a Rony, que sigue hablando por teléfono.

"El lifting y la blefaroplastia son las estrellas. Ésta última es una sencilla intervención que elimina la flacidez de los párpados y las bolsas", sigue leyendo la hermana pequeña. Y luego: "El mundo de las dietas mueve más dinero que el mundo de la droga". Cierra la revista, los ojos. Estira las piernas sobre la mesa. Procura que estén en alto, para que circule bien lo que tenga que circular por ellas.

-Huuuum. Ajá -dice Rony.

-¿Con quién hablas? ¿Es mi hermana?

-Ajá -responde Rony, mirando al teléfono y luego a la hermana pequeña.

-Éste es un día malo para mí -dice ella cuando él cuelga por fin el teléfono-. Como si acabara de empezar hace cinco minutos y yo estuviera deseando que terminara de una vez. Me duelen los tobillos. ¿Sabes algo de tobillos, Rony?

-Quizás sea un asunto menstrual -dice él; se sienta frente a ella, pronuncia las palabras con mucha delicadeza, igual que si estuviera solicitando el ingreso en un tipo de vida más fácil. Retención de líquidos. ¿Te aprietas mucho el cinturón?

-Debería echarme la siesta cada día -se para a pensar un momento-. Debería empezar hoy mismo.

“ En la pantalla de la tele hay una señora que no para de parlotear con rapidez, quizás porque tiene miedo de morir antes de haberlo dicho todo. ”

Pasan a la cocina. Hay un acogedor desastre de panecillos y aceitunas sobre la encimera. La cafetera ya está vacía. La hermana mayor sólo prepara café descafeinado en casa. Rony tiene una sonrisa de oreja a oreja. Le ofrece algo de beber.

-Frío o caliente. Con o sin alcohol -dice. Levanta los hombros, pero no para presumir de su camisa.

-Algo fuerte, que no mate lentamente -responde ella-. Cuanto más rápido, mejor.

-Muy bien -contesta él. Le sirve una copa de vino. Sabe que ella siempre toma vino, que no deja sombras en el suelo de la cocina. Es un pecelillo de acuario constantemente iluminado desde todos los ángulos.

Rony pasa por delante de ella. El teléfono está sonando.

-Lo cogeré en el salón, ¿vale? -le dice a su cuñada.

-Eres un cielo -responde ella. Da un sorbito de pez a su copa de vino.

El vino es algo semejante a un código moral. Rony se pregunta si ella sabe apreciarlo de modo satisfactorio. Los árboles del jardín están desnudos. Sus ramas son el triste esqueleto de la nada, cumplen su función.

-¿Qué? -le dice al aparato-. Sí, cómo no.

La hermana pequeña entra en el salón, se quita el abrigo y lo deja de cualquier manera sobre el sofá. Vuelve a tomar entre sus manos la

-Es un buen día para empezar.

La hermana pequeña se levanta, agarra la copa, se da golpecitos en la cadera con la mano libre.

-Un buen día, ¿eh? -ella lo mira esperando algo, signos de telepática-. Joder.

-Tu hermana no llegará hasta la noche -dice Rony, y se levanta también-. Quiere presentarte a un tipo que conoce, me lo acaba de decir por teléfono. Cree que ésta vez puede ser la buena, ya sabes.

-Soy una amante despreciada. Los hombres me utilizan y yo ni siquiera puedo llorar -hace unos aspavientos con la boca, frunciéndola a la manera de un ojal mal rematado.

Rony mira a un grupo de gorriones saltando de un lado a otro de los aleros de la casa de enfrente. Una casa blanca, con canalones rosas un tanto desconchados que aparentan ser las costuras rotas de la vivienda. A lo mejor las cicatrices.

-Venga ya. No es para tanto -él sacude la cabeza y sonrío de nuevo, un poco nervioso. Está impaciente. No es que quiera que ella se vaya. No es que su presencia le moleste. Es que ella siempre lo mira, evaluándolo. Y él aparta la vista, dolorido, como si sus vistas hubieran chocado de golpe y él se hubiese llevado la peor parte.

-¿Que no? Eso lo dirás tú. Qué sabrás tú, Rony.

-Bueno -dice él-. ¿Quieres más vino?

ÁNGELA VALLVEY



Ángela Vallvey Arévalo nació en Ciudad Real en 1964 y es licenciada en Historia Contemporánea por la Universidad de Granada.

BIOGRAFÍA

Cursó también estudios de Filosofía y Antropología. Comienza su carrera literaria como novelista para el público juvenil, pero su poesía pronto ve la luz, e incluso obtiene el Jaén de Poesía con *El tamaño del universo*. El éxito como novelista le llega con *A la caza del último hombre salvaje*, editada en más de doce idiomas, y adaptada al cine por el guionista Rafael Azcona. Su última novela, *No lo llames amor* (Destino), está concebida como una exploración alrededor de la idea de la pasión amorosa. La anterior es *Los estados carenciales*. En ella, los personajes buscan la felicidad a su manera. Tratan de no sucumbir a la rutina.

Parece dejar de lado la publicación de poesía, aunque como ella misma dice: "No escribo poesía, soy poeta", así en 2002 resulta ganadora del Premio Nadal con la novela *Los estados carenciales* y publica en 2003 *No lo llames amor*. Colabora en varios medios de comunicación como *Abc* o *Mujer de hoy*.

-No, gracias. Tengo que irme.

-Vale. ¿Quieres que le diga algo de tu parte a tu hermana?

-No. Sí. Déjalo.

-A lo mejor quieres más vino. Yo...

-Dile que no hace falta que se moleste en buscarme un buen marido, porque ya lo he encontrado yo. Dile que, el día menos pensado, le quitaré a su marido, porque ya lo he encontrado -la hermana pequeña lo mira firmemente, acercándose a él, hasta que sus narices se rozan. Hay un cosquilleo, claro.

Rony puede sentir su olor a espliego. Un hormigueo que se mueve en círculos lentos por su espalda. La gente debería sujetar sus emociones con correas de perro cada vez que sale a pasear, piensa.

-Gracias, pero... -contesta, titubeante-. Pero...

La hermana pequeña le da un suave mordisco en la barbilla. No está demasiado rasposa, más bien como un estropajo viejo. Ligeramente más suave y no tan húmeda.

-Huuuummm -dice Rony. Agarra la cintura de la hermana pequeña. Sus dedos resbalan por la blusa abajo. La aprieta contra su cuerpo, para que no pueda escaparse.

-Me duelen los tobillos -dice ella.

El viento, afuera, susurra en tonos medios. Infestada de presagios, la tarde es un premio que apenas tiene valor.

-Agradezco tu sinceridad -responde Rony. Mira el reloj del salón. Son las dos en punto de la tarde-. La agradezco de veras.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Cilio: Órgano celular filiforme, de función locomotora en un medio líquido.

Estrógeno: Sustancia que provoca el estro (celo de los mamíferos).

Promiscua: Se dice de la persona que mantiene relaciones sexuales con otras varias, así como de su comportamiento, modo de vida, etc.

Haraganear: Rehuir el trabajo.

Noix de cajou salées: Nueces de anarocado saladas.

Érase una vez...
en Navidad

«El niño no es una botella que hay que llenar, sino un fuego que es preciso encender». Montaigne

RELATOS DE
NAVIDAD

Almudena odia a la azafata que en este momento muestra con gran indiferencia cómo se puede usar la mascarilla de oxígeno. La odia porque es hortera y bastorra. Durante el vuelo recordaba su vida: sus estudios en Dublín, sus guateques, sus novios, sus búsquedas de novios, sus viajes,... A la hora del aterrizaje se dio cuenta de que era feliz, llegaba a Bilbao a pasar unas jornadas de convivencia, pero antes estaba Patxo.

El vuelo
de la
libélula

por Fernando Iwasaki

Mientras la azafata demostraba con indiferencia ministerial cómo hacer uso de la mascarilla de oxígeno en casos de despresurización, Macarena pensó si se habría visto en los mismos trances de haber sido aeromoza en Iberia. Las azafatas tenían fama de ligonas y sobre todo de guapas, aunque todo ello se le antojaba más ruido que nueces. De hecho, esa niña que fingía soplar el chaleco salvavidas era más bien bastorra, llevaba unas medias súper ordinarias, iba más coloreada que un payaso, tenía pinta de fulana, su esmalte de uñas era horroroso y encima se teñía el pelo; pero seguro que luego no le faltarían hombres alrededor ni pretendientes con quien casarse antes de cumplir los 35. ¿Qué edad tendría esta "Miss de los Polígonos"? No importaba. Aunque se casara antes que ella no habría una soltera más, sino un hortera menos. Y le entraron arcadas de tanto mirar un lecho de nubes que le pareció nata de cielo, moho celeste, musgo del mundo.

Sin embargo, Macarena estuvo soñando despierta un momento, imaginándose de una metrópoli a otra y siempre atendiendo a los pasajeros de primera clase, porque a ella nunca le habrían mandado servir coca colas en clase turista. Las líneas aéreas -pensaba- tenían que ser como la Obra, donde todos eran muy cristianos a la hora de darse la paz, pero después cada uno en su sitio. ¿No era ella fluent in English, la première en francés y maravigliosa en italiano?, ¿acaso los idiomas de la mayoría de las azafatas no eran súper ordinarios, aprendidos en academias zarrapastrosas o haciendo sabe Dios qué con extranjeros de apellidos desconocidos? En cambio, Macarena desde pequeña había estudiado inglés con las monjas irlandesas, quienes cada verano organizaban bucólicas vacaciones en



FERNANDO VICENTE

Dublín, donde siempre coincidía con sus amigos de Jerez, Marbella, el Puerto, Sanlúcar, Pineda, Sotogrande y Sierra Nevada. El problema es que aquellos veraneos eran más aburridos que los guateques del Opus.

Para empezar, los chicos ligaban con unas irlandesas impresentables en lugar de prestarles mayor atención a las niñas de la pandilla, quienes después de todo eran sus amigas de toda la vida. Sí, pero por lo visto no para toda la vida, pues la mayoría de los niños del grupo terminó casándose con las hijas de los políticos más pelagatos, con la primera hortera que conocieron en la universidad o con unas niñas de pueblo que se dejaron hacer una barriga y que encima eran súper ordinarias. Se portaron como unos cretinos -sí, señor- aunque los solteros que quedaron eran más cretinos todavía.

Macarena rechazó los caramelos y las bebidas

que le ofreció la sobrecarga, cuya inquietante proximidad le infligió el olor empalagoso de las colonias de las rebajas. Encendida por una perversa chispa de felicidad, se regodeó pensando que uno solo de sus perfumes valdría más que todo el sueldo de aquella cateta, mas la expresión se le avinagró cuando reparó en la infructuosa fortuna que había dilapidado en fragancias y esencias de inofensiva hechicería. Qué cara pondría en ese instante, que la "Miss de los Polígonos" se atrevió a sugerirle que podía vomitar en la bolsita que estaba en el bolsillo del asiento delantero. No había dudas: era súper ordinaria.

La verdad es que Macarena estuvo a punto de casarse en dos oportunidades, pero la primera vez la dejaron plantada y la segunda -eso sí- quien dio el plantón fue ella. Nunca logró vencer a su madre de las poderosas razones que la llevaron a dejar en la estacada a ese novio recibido como una milagrosa intercesión de Santa María Goretti, pues sólo Macarena sabía que lo había plantado para que nadie le tuviera lástima o para que nadie creyera que se conformaba con las pedreas de la lotería. Eso jamás. Javierito fue el secreto instrumento de su venganza y le importaba un pepino lo que runrunearan en los tendidos. En cambio, quien sí era una mierda

“ Javierito fue el secreto instrumento de su
venganza y le importaba un pepino lo
que runrunearan en los tendidos. ”

pinchada en un palo era el asqueroso de Alfonsito.

Se pusieron de novios aprovechando un viaje a Madrid, durante la primera visita del Papa, y desde ahí sus vidas se entrelazaron más fuerte que la hiedra, como decía un bolero que le encantaba a su abuela. Alfonsito era brutísimo y por aquella época ni siquiera había terminado el bachillerato, que para colmo cursaba en el instituto del pueblo más próximo al cortijo de su padre. Así, mientras ella concluía la licenciatura en derecho, Alfonsito era rechazado por la Universidad de Navarra, adonde había llegado con mil bendiciones y recomendaciones. Macarena sonrió al recordar las premonitorias palabras del rector: "Si este niño acaba alguna carrera, será otro milagro de Monseñor". Pero claro, entonces el rector le pareció un señor súper ordinario.

La familia decidió matricular a Alfonsito en una universidad americana para que volviese con un máster de verdad, completamente fluent in English y listo para casarse con Macarena, quien ya había encargado a Italia bruñidos catálogos que deslumbraron a modistas y diseñadores. Pero a medida que pasaban los años la boda empezó a oler a velatorio: el máster se difuminaba como un espejismo, el inglés del novio sonaba muy turbio y el casorio se había vuelto un chiste cruel. En realidad, nadie sabía qué estudiaba Alfonsito ni por qué cada verano su castellano era más raro. Fue la abuela, admiradora de "Los Panchos" y Jorge Negrete, quien se dio cuenta: "Macareni, este niño está hablando como Cantinflas", le dijo.

acceso de tos que la "Miss de los Polígonos" le alcanzó un par de bolsitas más, por si acaso.

Al principio creyó que el guarrísimo de Alfonsito debía ser una suerte de Príncipe Rainiero para esa sudaca corsaria y filibustera, mas resultó ser al revés, ya que el muy espabilado había metido el braguetazo del año: sin estudios, sin carrera y sin trabajo, Alfonsito empezó a vivir como un marajá a expensas de su familia política, y a salir en todas las revistas celebrando unas orgías que le recordaron los peores versículos del Apocalipsis. Macarena ni siquiera consiguió el premio consuelo de la hidalga lealtad tribal, pues toda la pandilla estaba feliz trincando del bolsillo de aquel manirroto mecenas del tequila y la vagancia. Por ello engatusó y plantó al gilipollas de Javierito, para que nadie creyera que estaba dispuesta a casarse con cualquiera con tal de que no se le pasara la misa.

Entonces sus padres le sugirieron que se hiciera numeraria o que cursara otro máster en Estados Unidos, mas ni lo uno ni lo otro le interesaron en lo más mínimo. Sus dos frustrados noviazgos la habían devuelto al mundo cruel de la oferta y la demanda, ahí donde el neoliberalismo sexual y la competencia de niñas más jóvenes y descocadas distorsionaban los principios ordenadores del mercado sentimental. ¿Dónde encontraría un chiquito que fuera educado, decente y de muy buena familia; que apreciara su clase, su apellido y sus necesidades sin tener en cuenta su edad, su historia y su mala idea, y que además tuviese categoría, rancio abolengo e intonso el prepucio?

De entrada lo buscó en las carreras de caba-

“Demasiado diplomáticos, tal vez, aunque se había dado cuenta de que también preferían a las horteras, las catetas y las niñas.”

De pronto el avión entró en una zona de turbulencia y relampaguearon las luces que aconsejaban enderezar los asientos, abrocharse los cinturones y cerrar la mesa plegable. Macarena ejecutó esas recomendaciones con la inconsciente docilidad de los sonámbulos, hasta que vio de nuevo a la azafata culirrespingona y se puso de los nervios. Había descubierto que la despreciaba porque era el tipo de mujer que le hubiera gustado a Alfonsito.

Primero recibió una carta en la que le expresaba unas rudimentarias dudas existenciales, y al poco tiempo advirtió que la familia de Alfonsito ya no la invitaba a merendar los fines de semana. Los chicos de la pandilla bromeaban en voz baja y muy pronto notó que todo el mundo la miraba con expresión melancólica. Aquel verano Alfonsito no acudió a su cita anual y más bien le mandó una parca postal donde le decía que deseaba romper y anular todos los compromisos. Macarena lloró como Alicia expulsada del País de las Maravillas, hasta que le contaron que su ex-familia política se había trasladado a Miami para asistir al bodorrio de Alfonsito con una sudaca ricachona que conoció en la universidad ("Es la hija del Rey de los Tacos Precocinados", le dijeron, y entonces pensó que un hombre que era capaz de precocinar los tacos tenía que ser súper ordinario). Había hecho el primo y fue la última en enterarse. Le entró tal

llos, en las barreras de las plazas de toros, en las más exclusivas casetas de feria y en cuanto recepción se terciara para involucrarse de pieles, vestirse de seda o alicatarse de joyas. Más tarde aprovechó la influencia de un pariente del Ministerio de Asuntos Exteriores, quien le organizó una tournée por las embajadas que contaban con funcionarios solteros, y a quienes su tío rogaba que la atendiesen como una reina. Así emprendió dilatados viajes durante los cuales conoció a otras "Misses del espacio", y a un género de escurridizos hombres que jamás se atrevieron a dirigirle una sonrisa pícaro o una mirada pecaminosa. Demasiado diplomáticos, tal vez, aunque se había dado cuenta de que también preferían a las horteras, las catetas y las niñas. Como la azafata ésa, súper ordinaria, que cada vez que pasaba le señalaba dónde estaban las bolsitas del vómito.

Con el tiempo Macarena comenzó a frecuentar las puestas de largo de sus primas, de las amigas de sus primas y de las hermanas pequeñas de las amigas de sus primas, paseando su estampa de muñeca triste y llevando unos escotes cada vez más amplios que ruborizaron a su director espiritual. Y así fue como empezaron a rondarla los casados y los divorciados, los viejos verdes y los viejitos gagá, atraídos por esa aureola carmín que irradiaba perversión y soledad. De ahí que acabara de numeraria, porque

FERNANDO IWASAKI



El escritor Fernando Iwasaki nació en Lima (Perú) en 1961.

BIOGRAFÍA

Es autor de una docena de títulos de diversos géneros como la novela *Libro de mal amor* (2001), el ensayo literario *El Descubrimiento de España* (1996), las crónicas reunidas en *El sentimiento trágico de la Liga* (1995), la investigación histórica *Extremo Oriente y Perú en el siglo XVI* (1992) y los libros de relatos *Tres noches de corbata* (1987), *A Troya, Helena* (1993) e *Inquisiciones Peruanas* (1997), entre otros. Sus relatos figuran en numerosas antologías españolas e hispanoamericanas como *El cuento peruano*, *Dos veces cuento*, *Líneas Aéreas*, *Pequeñas Resistencias* y *Las fábulas mentirosas y el entendimiento*.

Ha sido profesor de Historia en la Universidad Católica de Lima (1983-1989) y la Universidad del Pacífico (1987-1989), así como colaborador de varios medios de prensa de España y América Latina. Desde 1989 reside en Sevilla, donde dirige la revista literaria *Renacimiento*.

era mejor no corromper la virtud, que tener la virtud de corromper. Algo así decía su abuela.

De las entrañas de la cabina surgió una voz acaramelada que anunciaba el aterrizaje, y Macarena pensó que al fin y al cabo era feliz. Su imagen social era intachable, sus necesidades más elementales ya estaban cubiertas, y desde que publicó el anuncio en aquella revista no le faltaron fugaces momentos de alegría que atemperaron su vicaria existencia. Eso sí, por lo general tenía que volar de un lado a otro, pero en los aviones se distraía leyendo cuanto caía en sus manos y a veces hasta aprendía cosas muy interesantes, como esa curiosa ceremonia nupcial de las libélulas, capaces de atravesar cientos de kilómetros en busca de sus amantes.

Aquel fin de semana le tocaba estar en Bilbao, donde al menos pasaría unos días intensos de unción y convivencia. Le conmovía un piadoso hormigueo de turbación, mas sobre todo la inminencia del encuentro con Patxo, un camiónero de Vitoria a quien conoció gracias al anuncio. Al descender del avión miró de reojo a la azafata y le invadió un cierto remordimiento que reservó para sus más íntimas contriciones. Después de todo ella también tenía una pulsión horterilla, porque en medio del rojizo resplandor de la habitación le volvía loca que Patxo le pidiera un "aliño guarro en la chistorra", y que le cantara una canción súper ordinaria que decía algo así como Dale a tu cuerpo no sé qué, Macarena...

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Bruñido: Reluciente.

Taco: Tortilla de maíz enrollada con algún alimento dentro, típica de México.

Intonso: Que no tiene cortado el pelo. También, ignorante, inculto, rústico.

Atemperar: Moderar, templar.

Vicaria: Que tiene las veces, poder y facultades de otra persona a la que sustituye.

Érase una vez...
en Navidad

«Lo único que impide a Dios mandar un segundo diluvio, es que el primero fué inútil». Nicolas Chamfort

RELATOS DE NAVIDAD

El abulense Serafín Sánchez González construye este relato en base a un protagonista que representa en sí mismo la metaficción de la juventud, ese estado de ánimo en que la conciencia de la realidad se pliega a los arrebatos de una osada fantasía más cercana a la depredación selvática que a la lucidez de los seres humanos adultos. Una narración sobre el paso del tiempo y la sabiduría.



Por Serafín Sánchez González.

TÚ sí que eres viejo!, ¡muérete, que hueles mal! ¡Maldito, bórrate del mapa de una vez! ¡Mañana no te quiero ver más, ¿me oyes, montón de carne seca! ¡Mañana estarás en la fosa pudriéndote, basura hedionda! ¡Vamos, aire, aire, lejos, vamos, fuera de mi vista, desaparece ya...!

Lo había visto de lejos, había frenado enseguida y había parado su Yamaha a su altura, se había alzado el plástico protector de la cara para poder observarle e insultarle mejor. El uniforme de cuero relucía al sol de la mañana y le ceñía el musculoso cuerpo de una manera casi obscena. Una moscareta piaba raramente en esos momentos posada desde lo alto del copete de la cerca de rombos del jardín que había justo al fondo, florido y resplandeciente. El viejo lo miró con los ojos caídos y quiso erguirse para encarárselo, pero no pudo. Las manos le temblaban y el bastón arañaba en el rociado suelo de la acera por donde venía caminando lenta y torpemente.

-¿Qué? -acertó a decir con menos miedo que extenuación.

-¡Que te mueras, joder, que la jñes, tonto del culo! -le contestó el otro sin dejar de observarlo no sin cierto morbo y reconcentrado odio, dibujándose en sus labios una clara mueca de amenaza.

El viejo alzó el bastón y lo blandió a la luz que le daba en pleno rostro amojamado, sin brillo y sin vida. El joven de la moto, sin bajarse de ella, sin apagarla, se rió con ganas y le escupió de rabia. Luego subió las piernas y aceleró. Mientras se alejaba como una exhalación, todavía le gritó por última vez sus últimas vejaciones volviendo un poco la cabeza hacia atrás: "¡Tú sí que eres viejo, maldito!, ¡morirás, no te quepa duda, morirás muy pronto, cerdo añejo, mamón de cuba".

Al viejo le entraron grandes deseos de llorar, pero se contuvo. Aunque le costó mucho trabajo, consiguió sentarse en un escalón de la bonita casa por donde pasaba. Los huesos le crujieron como si fueran a romperse. Y suspiró. Luego sacó su petaca y lió un cigarro. En tanto que chiscaba la hebra, un ramillete de jazmines en forma de curiosa testa se asomó por el hueco de un rombo para contemplarle

de un modo casi compasivo y tierno. Lo saludó con trémulo aroma.

El motorista llegó a una plaza, frenó y aparcó la moto. Le echó una cadena a la rueda de atrás y la candó. Se quitó el casco y lo candó también. Se abrió un poco la cremallera de la pechera de cuero y se encaminó hasta un bar que había remetido entre dos escaparates de unos soportales sombreados. El sol de mayo le daba en los luminosos cabellos negros y se reflejaba amorosa e intensamente en sus pupilas transparentes. Iba diciéndose: "A mí que me dejen, que yo me lo guiso y yo me lo como...". Le indignaba todo lo achacoso, todo lo que no tuviera gestos. No soportaba presenciar el avance de la muerte y su victoria humillante frente al imperio ardiente de la juventud gloriosa. Le era superior a sus fuerzas percibir el característico olor de la carne fría y enflaquecida, la carne muerta sobre las venas todavía vivas. Él era elegante, lúcido, frenético, amado, estimado. Vivía su tesoro de fuerza y anhelo. Soñaba con todos los deseos cumplidos. Besaba a la belleza total. Dormía con ella acariciándole su palpitar dichoso. Y era envidiado por el viento cuando lo desgarraba por su centro en el instante álgido en que corría lo más que podía dar de sí, aferrado firmemente a su máquina mimada e infalible, a través de una carretera infinita a la velocidad del vértigo y con el arrojado del fuego, la serenidad de la lluvia y la impetuosidad del granizo.

Tomó un café con pamelas. Pagó. Se acercó hasta el lavabo. Se lavó las manos. Alzó los ojos y se miró al sucio espejo. Se secó las manos. Se mesó los cabellos y tiró un beso a su imagen encantadora allí risueñamente reflejada. ¡Cómo se amaba a sí mismo! Ni todas las mujeres juntas que se le habían entregado como perras arrastradas, serían capaces de cautivarle de la forma con que lo seducía su propio rostro admirado por sus propios ojos fascinados. Él y su moto formaban su único círculo cerrado de pasiones verdaderas. Se giró para salir, pero antes de cerrar la puerta sintió la tentación de escupir sobre el espejo.

Una clara flema se quedó prendida en medio del cristal y comenzó a deslizarse hacia abajo, viscosa y lenta como una babosa parsimoniosa e inmunda. Al salir a la calle, el día le pareció más ardiente si

cabe, más claro, azul y esplendoroso. Se subió la cremallera de la chaqueta apretada a su torso. Liberó el casco y se puso. Se agachó para abrir el candado y retirar la cadena. Lo guardó todo y se subió a la moto. Arrancó y salió de la plaza despacio, hasta que se metió en una calle larga y solitaria donde aceleró bruscamente y desapareció.

Era sábado. Esta noche había cuchipanda con los amigos, después fiesta y sexo. Lo tenía todo en la vida y no le faltaba de nada; ni siquiera el tiempo. Cuando llegó a su destino -después de su recorrido por aquellos pueblos y ciudades que él solía frecuentar de vez en cuando para hacerle kilómetros a la moto y disfrutar a la vez del placer de ganarle apuestas a ese viento porfiado que le seguía todo el rato boqueante y a punto de expirar de cansancio, sacudiéndole las fuertes espaldas encorvadas con su mano contundente y blanda, enredándose entre los resistentes radios de las ruedas para intentar trabarlo inútilmente-, allí lo esperaban en su barrio de siempre. Estaban todos los colegas y ella, su última novia. Enseguida que le vio corrió hasta él. Se le colgó de los brazos al robusto cuello erguido y sin mediar palabra le retiró la protección transparente del casco para mordisquearle los carnosos labios y abrirle la boca con su lengua caliente y aterciopelada. Lo besó largamente; bebió de aquella fuente del deseo, y en aquel narciso plácido puso sus ojos embriagados con una fe y una intriga tan duraderas, que daba la impresión de querer profanarlo con esa envidia secreta y peligrosa de los posesivos. Ella le susurró algo al oído, y su voz y su quemante aliento, denotaban una sed enorme de perderse en él y recorrerlo y descubrirlo y tenerlo y tomarlo, contenida toda por él: "Esta noche te como, cariño; eres mío, mi bombón, mi látigo, mi niño; y yo soy tuya, sola, toda, entera." Él la contestó con desgana y orgullo (sabedor de su suerte, único dueño de tantos dones), sin dejar de mirar a través de su cabello perfumado a los amigos que le seguían esperando un poco más allá y se reían entre voces y comentarios lúbricos. "Basta ya, Marisa, que me vas desgastar". Su novia se apartó mohína y figurera, con un punto de rencor pellizcándole en el borde del labio de arriba, que se alzó un poco y luego se torció y arrugó instintiva y brevemente.

-¿Por lo menos me dejaréis un momento para cambiarme? -dijo.

-Pero date prisa.

-No tardaré. Ah, Marisa, por favor, ¿no te importa esperarme aquí tú también?; no me sigas, te lo ruego, que no me voy a escapar...

Y ella emitió un gruñido de rabia y se vapuleó la cabeza de un lado a otro para impulsarse hacia atrás coquetamente la espesa mata de largos y lisos cabe-

“ Al viejo le entraron grandes deseos de llorar, pero se contuvo. Aunque le costó mucho trabajo, consiguió sentarse ”

“ Los demás los miraban por detrás con sardónicas sonrisas inflamadas por el rijo y la bebida. ”

llos castaños (se había lavado la cabeza antes de salir y el bonito pelo le brillaba como la miel al sol, iridiscente y metálico).

Tan pronto como regresó, enseguida se sumó al grupo y partieron todos riendo camino de las zonas de ocio y diversión, los bares de copas, los pubs, las terrazas cubiertas, los café-bares, snacks bares, night clubs y la pista de baile a la que eran asiduos. No estaba lejos y decidieron dejar las motos allí estacionadas y acercarse dando un paseo. De los cinco que iban, Marisa era la única mujer. Veintiún años recién cumplidos y francamente deseada en secreto por todos los de la pandilla, sus grandes ojos verdes y el cuerpo sin ningún defecto ni deformidad a la vista, los abultados y levantados senos redondos, las sensuales y oscilantes caderas, sus largas y torneadas piernas, el estilizado cuello esbelto, la nuca preciosa, las manos tan adorables como los hombros, como los pies y las rodillas, todo en ella era admirable al tiempo que deseable y puro, infinitamente apto para ser besado y acariciado. Llevaba esa vez una americana con el cuello de cabritilla (de motorista) que le realizaba los suaves pómulos y acompañaba, como enmarcándolos y protegiéndolos, a aquellos labios atrayentes y tan apetecibles (pintados de color rosa, húmedos y saturados por el carmín), de un dulzor probado con la perversidad de un sueño verde y deshonesto. Debajo lucía una camisa naranja con una exótica flor de plata y oro bordada a un lado del profundo pecho, sobre el corazón alegre y latente.

Tras beber muchas copas seguidas, después de hartarse a reír y a gritar con frescos gritos de contento, de euforia dicharachera y emoción pueril y embriagadora, sometidos todos por el alcohol, se fueron a la pista a bailar. Ella iba abrazada a su cintura, más baja que él, con la cabeza agachada y casi metida en su vientre.

Los demás los miraban por detrás con sardónicas sonrisas inflamadas por el rijo y la bebida. Diríase que ninguno de ellos había nacido para disfrutar de aquella suerte que sólo el destino le había concedido a él: tener a aquella fierecilla a su antojo, aquella criatura adorable y dócil, hecha toda de brillos y ternuras, suavidades y almíbares, sueño y encanto.

Bailaron algunas piezas. Pero Marisa pronto comenzó a cansarse y le comentó al oído con una voz ronca y tomada, a causa de los licores fríos ingeridos y los cigarrillos fumados:

-¿Por qué no nos vamos?, quiero estar sola contigo, además me siento observada.

-¿Para qué?; ¿flipas o qué? ¿No ves?, aquí se está bien. Tenemos cogido el punto, es lo que queríamos, ¿no?

-Un pedo de alcohol, ¿esto es sólo lo que te preocupa?, ¿y yo qué?, ¿qué significa yo para ti, ah?

“ Ahora vivía sus últimos años en un asilo. Viudo y solo, fumaba y bebía a escondidas de su petacón de plata. ”

¡Dime! ¡Contesta!

-¿Qué pasa loca!

-¡Olvidame! -le gritó- Capullo... -agregó entre dientes- ¡Piérdete, Pipper!

-Vamos, Marisa, ¡no me des la bulla!, ¿hace?; ¡que quiero tener la fiesta en paz!

Y se puso a bailar frenéticamente. Muchas jóvenes le miraban con gula y hablaban de él unas a otras. Marisa se alejó enfurruñada y llena de aborrecimiento y mala voluntad (no podía soportar más aquella rechifla prepotente y aquel pasotismo

engreído y chulesco). Se arrinconó en una esquina de la barra, sumida en la penumbra, casi llorando, bebiendo y fumando sin parar con una gran imposibilidad incontrolable, las bellas piernas cruzadas sobre el alto taburete en que estaba sentada y se giraba de vez en cuando con un estilo de actriz de cine de Hollywood. No pasó un minuto y ya un chico sentado un poco más allá le clavó los ojos con sutil obsesión. Ella le ignoró. Sin embargo, el otro persistió manteniendo aquella mirada suya cautivadora y ansiosa. Marisa entornó los ojos y los volvió hacia la pista hasta que, de pronto, una sombra le tapó las vistas.

Su novio había corrido en su rescate. No hubo pelea porque la suerte o la casualidad no lo quiso: justo cuando se iban a enzarzar a empujones y golpes, otra mujer se interpuso entre los dos y se llevó al desconocido tirando de él con paciencia en tanto le acariciaba la cara y le besaba las manos sin dejar de llorar.

A renglón seguido, ambos se despidieron de los colegas. Les dijeron que se iban y les desearon que se divirtieran mucho. Nada más darse la vuelta para alejarse de allí, uno de los amigos, volviendo la mirada a las dos figuras que se perdían bajo las luces giratorias y psicodélicas, entre los innumerables espejos repartidos en múltiples columnas y la atmósfera turbia y cargada, comentó: ¡joder, más te divertirás tú con ella! Los demás le rieron la gracia sin comentar nada y continuaron bailando espasmódicamente.

En el apartamento alquilado, ambos se desvistieron con una prisa mareante, como si se estuvieran orinando y no les diera tiempo a desenredarse de la ropa.

Hicieron el amor hasta quedar dormidos y exhaustos y luego se durmieron hasta la mañana siguiente.

Y precisamente esa misma mañana, cuando regresaba de la Facultad, tuvo ocasión de toparse en la calle con un jubilado, el cual paseaba pacíficamente y como de costumbre por su ruta habitual y en su horario estipulado (hacía ejercicio porque se lo había mandado el médico para la próstata y el corazón).

Nuestro joven se detuvo en seco y le llamó la atención, “¡Eh, tú, vejestorio, mírame de una vez, que quiero ver lo poco que te queda, desperdicio de la sociedad!, y cuando el jubilado, sorprendido, se volvió rígidamente para ver quién era aquél que le trataba con aquellas formas tan groseras y ofensivas, él aprovechó para escupirle varias veces a la cara y luego se marchó corriendo y diciéndole a gritos, “¡Tú sí que eres viejo, maldita sea, tú sí que eres viejo!”.

...Pero transcurrieron muchos años, casi una vida; demasiados, se diría, para lo que uno hubiera deseado, y casi sin darse cuenta, él también era un anciano podrido de recuerdos como los demás, adocenado y achacoso, viejo y cansado de existir, doblado por el peso de la edad, mortificado por la rutina y los pesares inútiles.

Ahora vivía sus últimos años en un asilo. Viudo y solo, fumaba y bebía a escondidas de su petacón de plata. Sus compañeros, todos ancianos y ruinosos (figuras altivas de antaño, fantasmas de hoy, desola-

Serafín Sánchez González



Diplomado en Profesorado de EGB (Especialidad Ciencias Humanas) y Licenciado en Filosofía por la UNED. Autor de novelas cortas: *Las lágrimas de Virginia*, *La Exposición* y *La Estación*; de las novelas: *Cuéntamelo todo Mister Hyde* y *La primera y última vez que fue soldado*; la colección de cuentos: *Que nadie interrumpa mis sueños* (Mayo 2000 a Marzo 2004). Poemarios: *Las Ruinas de la Belleza* (finalista XV Premio de poesía San Juan de la Cruz -Fontiveros, Ávila-; publicado por la Obra Social de Caja de Ávila), *Poesía Metapoesía*. Publicado: En la revista 'El Cobaya', los si-

guientes cuentos: *Fuera del Hospicio* y *Los impulsos de Angélica*, y en 'Diario de Ávila', también los cuentos: *Amor de Verano*, *La Visita*, *El Trineo*, *El desguace* y *El columpio asesino*. Libros/recopilación de artículos publicados en el año 2003 y 2004 bajo los títulos, respectivamente, *Esas benditas almas de la calle* y *En la luz que no tiene noche*. Regular colaborador de 'La Revista'. Es miembro colaborador de la Institución Gran Duque de Alba (2002).

dos y abatidos, terrosos fardos de mañana llenos de renuncias y lamentos deplorables, de suspiros miserables y maldiciones patéticas; rostros de enjutas mejillas vividas y temerosos ojos impávidos, cavados hacia dentro de lúgubres cuencas insondables, bultos exangües y acabados; barro opaco que se mueve aún, ceniza terca que se enfría; muerte respirante que promisoría abraza y jadea; promisoría de tiempo sin fin ni luz ni más muerte...), jugaban, en aquel gran salón turbio de los humos fúnebres del tabacazo y los olores y sabores rancios, al mus o al dominó en tanto él se quedaba aislado junto a la ventana para contemplar con gran nostalgia aquella vida que pasaba acelerada y nueva, aquella vida que ya no le pertenecía porque no era la suya, pero que se reflejaba, aunque con dificultad, en sus ojos duros y sin brillo (hondos ojos apaciguados que devastados atisban con tristeza, perdido el fuego antiguo en sus pupilas -efímero resplandor, ráfaga de luz que ha cesado-, aquel fulgor primero de la ilusión adolescente, y se callan con reserva y en el fondo acobardados se preguntan dónde está el impulso vivo de aquel cuerpo inmortal), con una languidez de ocaso, con un amor de olvido.

Y así pasaba los días, el pulso cotidiano y pesado de los días, todos monótonos y estériles, todos iguales, hasta que una tarde divisó por los cristales medio empañados por el vaho, entre toses tabacosas y bronquíticas (ahogadas en flemas negras y fragmentos desprendidos de alvéolos deshechos) y humo raído y tan viejo en aquel aire inventilado como los propios labios y las fléviles gargantas rotas y quemadas (donde expiraba el mundo) que lo expulsaban, divisó a alguien que se había bajado de una Kawasaki azul (alguien que repentinamente le recordó a él en sus tiempos de gloria; americana con el cuello de terciopelo, al estilo dandy, pantalón de cuero), que se detuvo al darse cuenta de que no dejaba de mirarlo, viniendo a él, acercándose a la ventana y pegando en el cristal su joven y vistoso rostro arrogante, y lo observó durante unos segundos para gritar sin compasión: “¡Vaya, amigo, tú sí que eres viejo! ¿No te diviertes ahí o qué, abuelo?”. Y escupió en el vidrio velado. Y se escuchó seguidamente una risa sucesiva e insultante. Nunca se miraba al espejo desde aquella primera vez que vio su frente creer y su cutis encogerse y curtirse y llenarse de señales y hundirse, sus sienas agrisarse y encanecerse, desde que sintió su pulso enflaquecer y su corazón agitarse con la aprensión y el miedo de un niño abandonado; nunca se miraba, no quería mirarse, odiaba mirarse porque odiaba tener que dar cauce a los reproches que le brotaban de su pecho condolido, pero esa noche lo hizo y se vio a sí mismo por primera vez en mucho tiempo; la expresión de desconcierto trágico en su boca, los ojos espantados y levemente opacos. Al darse cuenta de que no era él ni era el mismo, y de que era verdad que era un anciano muy viejo, sufrió a solas y en silencio, delante de sus ojos, todo el indecible dolor que albergaba su corazón fatigado y todo el arrepentimiento juntos; tranquilo, de pie e inmóvil, hasta que le duró la fuerza de sus piernas, que le tiritaban y se le doblaban, y él caía o se desmayaba quién sabe si para ya no volver a levantarse nunca.

Al Doctor Manuel del Cañizo

RELATOS DE
NAVIDAD

La pequeña historia de Bocata es la narración del amor hacia un animal cuyos ojos transmiten sentimientos que las personas reconocen a primera vista. Las travesuras de Bocata desafían a la autoridad, cuyas sombras se ciernen sobre la infancia, en medio de otro paisaje igual de inmemorial, el de la Navidad.

Bocata
en la
escuela

por Mario César Yudicello Cortez

EN la puerta de la escuela Bocata me miró largo, con ojos húmedos de despedida y lengua afuera de hocico Terrier; me pareció que temblaba de frío. Él siempre me acompaña hasta la puerta del colegio y regresa a casa con desganado paso perruno; luego entro en el edificio, dejo pasar unos segundos y salgo a verlo, entonces él, que se ha quedado esperando sentado sobre sus cuartos traseros como si fuera el perro Milú de Tin Tin, cuando me ve da la vuelta y sale andando para casa como si la cola lo empujara. Y todos los días igual.

Cuando no estoy en clases siempre anda cerca de mí, vigilante, como celándome. Una vez mi hermano mayor jugueteando conmigo intentó darme con una ramita, entonces Bocata le saltó encima todo colmillos, con tal furia, que buen trabajo me costó controlarlo con toda mi persuasión.

-Cualquier día a esta bestia la aplasta un coche -sentencia mi abuela Esther, pero Bocata y yo somos como Gilgamesh, inmortales, inmunes a los coches homicidas. Y tan amigos...

Pero esta mañana me pareció que temblaba por el frío, amén de que le noté las patas con flecos grises de pelo húmedo como polainas rotas y me dio una cosa aquí dentro, entre el estómago y el corazón, algo bastante parecido a una gran penita. Por eso, y por tantas cosas que compartimos y nos unen, lo envolví en mi chaqueta y lo llevé para el aula.

-¿Dónde te pongo perrito?.

Donde va a ser sino en el armario de los mapas que está contra la pared del fondo con un orondo globo terráqueo encima, que sólo baja de su altar mayor para que la maestra nos diga donde están situados Canadá o Portugal.

Íbamos por la mitad de la primera hora, cuando se escuchó el primer gemido lastimero en plena clase. La señorita Marisol, en ese instante escribía sobre la pizarra chirriante algo sobre la regla de tres simple, con los cabellos dando saltitos sobre la espalda con cada trazo, se dio la vuelta y con un centelleo satánico en los ojos pre-

guntó: "¿Quién fue el gracioso?".

El silencio por respuesta sólo se asemejó al frío blanquecino de la mañana tras los cristales de las ventanas. La mujer dio un resoplido y continuó escribiendo más enérgica aún, tanto que sus cabellos además de los saltitos, se le mecían desordenados de un lado para otro. Estaba enojada... Yo rezaba a todo vapor el Credo que me enseñó el padre González cuando fui a Catequesis, para que no me descubriera.

Y de frío nada; me sudaban las manos a más no poder.

Carlos Torres y Goyo me miraban con ojos espantados, porque ellos me habían ayudado a ponerlo en el armario -donde a mi delatora chaqueta se la pusimos de cama- y seguramente tenían miedo que yo intentara librarme de la culpa echándosela a ellos si nos descubrían; pero yo nunca haría eso por que mi papá, que es socialista, nos dice que siempre hay que hacerse cargo de la responsabilidad que uno tiene en cualquier sitio donde esté, por aquello de *la dignidad*. La cosa se puso seria cuando la maestra fue derecho al armario y abrió la puerta; Bocata dio el primer brinco sobre ese impoluto guardapolvos trozo de patria blanca y almidonada- que ella luce, más como estandarte que, como vestido. De allí en más mi perrito, ya en libertad, se puso de fiesta ladrando y saltando sobre los bancos mientras todos los compañeros coreaban dando con las palmas sobre los pupitres: "Bo-ca-ta, Bo-ca-ta". Yo quería que me tragara la tierra al ver a la señorita Marisol casi desplomada por la impresión en el banco del fondo con cara descañada... pero seguramente escrutando las nuestras para adivinar quién era el autor. Evidentemente, la mía gritó mi culpa, pero mi chaqueta en el armario, que todos me conocen, fue la certificación..

Bocata escapó en la confusión y se coló en el salón de actos bajo el cobertizo, al lado de unas ovejas de escayola que descansaban sobre la paja del Belén viviente que habría por la tarde. Y allí camuflado entre los animalitos inertes era uno

más, ya que no respondía a nuestro llamado. Lo encontramos un buen rato después con la carita aplastada entre las patas delanteras y los ojitos, -única cosa vivaz entre lo inerte-, miraban pícaros en todas direcciones. La Dirección daba a un patio interior del colegio donde se colaba la luz insegura de un sol pálido que no alcanzaba a aplacar el vapor del aliento. Allí, sentado en un banco, con Bocata entre mis piernas, sufriendo como un artista en su certamen, me invadían pensamientos chejovianos.

Esperábamos la llegada de mis padres; cuando regresó el portero que fue a avisar a mi casa, un tipo mal llevado que me miró con aire digno al pasar a mi lado y entró al despacho de la directora con cara de "ya van a ver, mangantes", como siempre nos decía.

Pasó un buen rato y sonó el timbre; la atmósfera se pobló de vida en gritos y correteos por los pasillos y el patio, pero mis compañeros ni siquiera pasaron cerca de la dirección. Sonó nuevamente y después del recreo quedamos con Bocata otra vez solos en el silencio del corredor desierto esperando la llegada de mis padres, no sé cuánto tiempo pero si el suficiente para que se me helaran las rodillas, entre las que podía ver a Bocata mirándome tras las lanas grises de sus pelos anárquicos con esos ojitos castaños de niño desvalido que pone cuando está asustado.

Dentro de la Dirección, la señorita directora estaba apoltronada tras un escritorio imponente lleno de papeles, -seguramente sumarísimos-, un tintero seco de cristal transparente y una pluma que reposaba sobre un lecho de terciopelo, a su derecha, sobre una mesilla más pequeña había un par de panecillos asomando apenas del envoltorio de papel blanco que Bocata miraba codicioso. En la pared, atrás de la directora, había un crucifijo como símbolo premonitorio de mi situación y un retrato de Don Juan Carlos con el marco dorado de laureles del cuál sólo podía ver asomada la patilla y media cara detrás de la inmensa mujer.

Nunca antes había entrado en ese despacho. Allí la directora estuvo mirándonos un rato como pensando, luego entrelazando los dedos sobre el pecho, dirigiéndose a mí me preguntó "si, por la tarde, podía traer a Bocata para ponerlo junto al Niño y así poder darle un poquito más de realismo al Belén"

Lo que habló con mis padres después, nunca lo supe.

“Íbamos por la mitad de la primera hora, cuando se escuchó el primer gemido lastimero en plena casa.”